







ANT

XIX

85

**LOS MISTERIOS
DE LA TORRE DE SAN JUAN.**

LOS MISTERIOS

DE LA TORRE DE BAYLEA

13 cms.

R.43.524

LOS MISTERIOS

DE LA TORRE DE S. JUAN,



ó

LOS CABALLEROS TEMPLARIOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

TOMO III.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

DE LA TORRE DE S. JUAN

LOS ESTADOS UNIDOS

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

XXVI.

Corrian los dias con rapidez, y Adelina no se acordaba de su fuga: la amistad de madama de Rochechonart, la ternura de Olderico de Montaut, su hermano, bastaban á la ingenua belleza, durante la ausencia de su padre. Alguna vez, sin embargo, pensaba en la época de su regreso, y entonces suspiraba á la idea de aquel momento, que seria el de su separacion del templario. Adelina era demasiado inocente para no amar con todas las fuerzas de su alma: su juventud, su candor

la hacian olvidar la desagradable posicion de su amante, y aun llegaba hasta lisonjearse con la posibilidad del rompimiento de sus votos y su restitution al mundo.

Pero cierta amargura se mezclaba siempre á sus placeres; una sorda melancolía, una opresion progresiva, anunciaban el estado penoso del generoso Olderico. Si á veces, como su amiga, se abandonaba á las mas halagüeñas esperanzas, la desesperacion reemplazaba á los brillantes ensueños del amor. A consecuencia de estos momentos en que la sabiduría le aconsejaba, se proponia no ver mas á Adelina: trataba de renunciar á ella; el ruido de las armas, el tumulto de las diversiones le parecian propios á desterrar insensiblemente aquella imágen querida, constantemente presente en su corazon. Entregábase á ellos; pero bien pronto el fastidio, el disgusto de todo, se apoderaba de él en medio del estrépito del mundo. Su amada parecia llamarle, y él no sabia mas que volver á ella, y añadir nuevas cadenas á las que ya le oprimian.

En vano su hermana trató de iluminarle; él se rebelaba contra sus consejos, se obstinaba en su pasion, y pasaba alternativamente de la ternura á la desesperacion, del delirio al estado mas infeliz que puede darse.

Ya en este tiempo la baronesa de Rochechouart se resolvió á abrir su casa, y continuar el curso de sus relaciones. No se atrevió á proponer á Adelina la acompañase, ni que se presentase en sus reuniones; pero desde aquel momento el retiro de la jóven fué menos absoluto y aun algunas veces se dejó ver.

Una tarde en que la hermana de Montaut esperaba una reunion numerosa, Adelina se apresuró á volver á su solitaria habitacion, y al llegar al vestibulo encontró que le atravesaba el gran prior del Temple. La hija de Aldrio, sorprendida de verse en medio de aquella multitud, porque el templario llevaba siempre un séquito mas propio de un soberano que de un religioso, esperó deslizarse por detrás de los escuderos sin ser notada, pero se lisonjeaba en vano. La penetrante mirada de d' Aigremont la descubrió, y se mostró un momento demudado, pero disfrazando en seguida sus pensamientos, entró en el salon, donde un paje acababa de anunciarle.

Todo el resto de la noche pareció como distraido, y buscaba un pretesto para retirarse temprano: en fin, no pudiendo ya dominar la impaciencia, volvió á su casa en el momento mismo en que Mesalvo re-

gresaba de Montgiscard con la muerte en el alma, despues de haberse cerciorado de la desaparicion de Ombelina, y de haber leído aquel fatidico papel en que le dejaba su siniestra despedida. No descuidó un momento en referir al gran prior los acontecimientos que hemos visto desarrollarse en las precedentes páginas, que d' Aigremont escuchó con la mas singular atencion, y pagando en seguida una confidencia con otra, le dijo con una sonrisa forzada:

— En el momento en que mi querido Mesalvo perdia una sobrina detestada, yo encontraba una hija que hasta este dia no habia tenido tiempo de querer.

Sorprendido Mesalvo, le preguntó qué queria decir con eso, y el templario continuó:

— O yo me engaño extraordinariamente, ó aquella Adelina que quisisteis arrebatat de la morada de su padre, está en este momento oculta en casa de la baronesa de Rochecho-nart. Nuestras infinitas gestiones para descubrirla habian sido hasta ahora inútiles: la casualidad me ha servido mejor que mis espías y mis desvelos. Llámola mi hija, no sia fundamento, porque vuestra relacion me confirma en las sospechas que ya tenia respecto de ella. Su semejanza con la desgraciada madre, el descubrimiento que habeis hecho

de la hija de vuestra hermana, todo me induce á creer que Aldrio Aldrici no es el padre de esa Adelina. Si así es en efecto, esa jóven debe reconocerme por su padre. Pero de qué odio no debe estar animada contra mí, habiendo Ludovico dirigido su educacion! Si ella me conoce, debe detestarme con sobrado motivo, y ciertamente mi enemigo no habrá dejado ignorar á su sobrina mi conducta con su madre, y cuales han sido sus deplorables consecuencias.

Sin embargo, sea lo que fuese, yo no consentiré jamás en abandonársela. El vive, decís, ha logrado escapar de todos los lazos que le hemos tendido; pues bien! mi odio se multiplica con el pensamiento de su felicidad. El ama á Adelina; ella, pues, debe servir á mi venganza. Por esta vez, Mesalvo, tratad de tomar vuestras medidas de manera que no se os escape: el gran prior del Temple os lo manda, y Antonio d' Aigremont, vuestro amigo, os lo ruega encarecidamente. Luego que os apodereis de su persona, conducidla inmediatamente al monasterio en que mi hermana es abadesa, cuyas puertas os serán abiertas con solo nombrarme; y de aquel lugar pienso que no será muy fácil arrebatarme á Adelina.

Así habla d' Aigremont, y Mesalvo, devo-

rado por la rabia, acepta con júbilo la odiosa comision de aumentar el número de los infelices: su activa maldad no pierde un momento. Dirijese á casa de madama Rochechouart, y bien pronto puede prometerse el éxito mas completo.

Adelina estaba muy distante de creer que el crimen velaba y se ocupaba de ella. Oldericó acababa de separarse de su lado, y subió á su cuarto, donde á la claridad de una antorcha de cera, se ocupaba en bordar una banda para el valeroso caballero que debia seguir muy pronto á los combates, á los demas templarios, sus hermanos. En aquel momento una de las doncellas de la baronesa se presenta, y la obliga á bajar una escalera secreta que conducia á la calle.

—La señora, la dijo, va á salir, y es espera al pie de la escalera: la han dicho que vuestro padre estaba de vuelta y queria ir con vos á sorprenderle.

No se necesitaba mas para hacer correr á Adelina. Baja precipitadamente la escalera, llama á su amiga: la puerta de la calle se abre repentinamente, y la vil camarera empuja á Adelina. Unos brazos vigorosos se apoderan de ella, la arrojan un velo sobre la cabeza, y la arrebatan con rapidez. Sus gritos sofocados no pueden ser oidos: en vano

implora la asistencia de aquel que en otra
ocasion la habia socorrido. Montaut está le-
jos, y no sospecha que en aquel momento le
roban su querida.



XXVII.

La última vez que nos hemos ocupado de Elfegia y Odila, dejamos á esta linda jóven en un estado singular de asombro: volviendo de la celda de Ambrosina, y próxima ya á entrar en la suya, se habia ofrecido á su vista un templario, que saliendo del aposento de la abadesa, habia ido á perderse tras de una gran cortina, donde sin duda estaba cierto de encontrar segura salida. Temblando de pies á cabeza con semejante ocurrencia, y

pudiendo apenas concebir que el asilo sagrado de las vírgenes del Señor fuese de aquella manera profanado por la presencia de un sacrilego, temiendo que, acaso en aquella misma noche, se tuviese proyectada alguna detestable tentativa contra la duquesa d' Au-villars, entró precipitadamente en el cuarto que con ella compartia, y su primer cuidado fué tratar de asegurar sólidamente la puerta; pero su desconsuelo llegó al último grado, cuando se encontró sin este recurso: no permitiendo la regla á las religiosas tomar estas precauciones, las puertas carecian de cerrojo y cerradura interior.

Elfegia no dormia, esperando con suma impaciencia la vuelta de su amiga, y á la claridad de la lámpara que alumbraba el aposento, advirtió con el mayor sobresalto la palidez estampada sobre el hermoso semblante de Odila, principiando á temblar ella misma, sin conocer aun el motivo del justo terror de aquella: pero cuán fácilmente participó de él en seguida! Cuando supo lo que habia pasado, no dudando que se tratase de emprender algo contra ella, se levantó y vistió precipitadamente, queriendo con esta precaucion prevenir todo ataque nocturno.

Con cuánto placer se felicitaba, pensando que en el dia inmediato se disiparian todas

sus inquietudes, porque estaba consentida en abandonar aquella mansion abierta al crimen y cerrada para la virtud.

En vano se les representaban los pronósticos de Ambrosina; parecíales imposible que Eloisa se atreviese á desairar al santo obispo de Bazas

A este tiempo oyeron unos pasos precipitados en el corredor, y como la marcha pesada de una persona cargada. Estremeciéronse las dos amigas, y levantándose de sus sillas, por un movimiento espontáneo, se arrojaron á los brazos una de otra.

Un momento despues, moviéndose la campana del monasterio, anunció la hora del oficio: entonces conocieron que se habian alarmado sin fundamento.

Bien pronto todas las religiosas se apresuraron á salir de sus celdas, y ellas ya mas tranquilas, trataron de entregarse al sueño.

Entre tanto el trovador Arnaud Vidal no las olvidaba: en el dia convenido, se dirigió á la casa del protector de Elfegia, y le recordó la promesa que le tenia hecha.

El respetable Bernardo Raimond le contestó que no la habia olvidado, y se dispuso á salir para realizarla. El trovador le pidió y obtuvo el permiso de acompañarle: él temia alguna perfidia, conocia la confiada virtud del

obispo, y queria estar á su lado para prevenirle, si por alguna astucia imprevista se trataba de sorprenderle. Así pues, tomaron juntos el camino del monasterio.

Llegados á él se dirigieron al gran locutorio, y el prelado hizo anunciar su visita á la abadesa. Esta, al saberlo, sospechó el motivo que le conducia, y se preparó á un triunfo completo. Arrodillóse al llegar delante del obispo, pidiéndole su santa bendicion: despues levantándose con humildad, le suplicó pasase con el eclesiástico que le acompañaba, al interior del convento.

Arnaud Vidal habia previsto este primer lazo: sabia que no tenia derecho á seguir allí al obispo, y que en ese caso no podia presenciar la entrevista; en consecuencia le habia rogado no se sirviese en aquella ocasion de la facultad que le concedian los santos cánones de la Iglesia.

Bernardo Raimond replicó á la abadesa que por aquel momento no podia condescender á su ruego: que sus momentos eran contados, y que una visita interior llevaba consigo demasiada ceremonia.

Eloisa, por una sonrisa significativa del trovador, hácia el cual dirigió una soberbia mirada, sin haberse dignado saludarle, advinó que le debia esta primera repulsa. No

obstante, lejos de mostrarse descontenta, disimuló cuanto pudo, y despues de algunos momentos de conversacion indiferente, el prelado, viniendo al motivo principal de aquella entrevista, la habló asi:

—Vengo, señora, con sentimiento, á separaros una pensionista, á la cual vuestra bondad, hasta este dia, ha prodigado constantes atenciones. Mi hermana politica, la baronesa de Langon, Elfidia de Goth, se queja de no tener á su lado á la duquesa d' Auvillars, á quien profesa el mas acendrado cariño.

Los negocios de su numerosa familia, los intereses de su casa, la obligan á contemporarizar con los reyes de Francia y de Inglaterra, en favor de los vastos dominios que poseen en los diversos estados sometidos á los centros de estos dos monarcas. En este momento se ha dirigido á Burdeos; pero dentro de pocos dias, viendo encendida la guerra, pasará á París á presentar igualmente sus homenajes á Felipe el Hermoso.

Ella haria este viaje con mucho mas placer, si pudiese ofrecer al duque d' Auvillars, su cuñado, la satisfaccion mas dulce que puede gozar, cual es la de estrechar en sus brazos á su querida hija. Ocupada de esta idea, sabiendo tambien la impaciencia de la noble Elfegia por volver á ver á su padre, me ha

significado cuánto se complacería en tenerla á su lado, y me ruega venir á reclamarla de vos.

Durante el discurso del obispo, Eloisa habia tenido tiempo de meditar su respuesta; pero no queriendo desde luego aprovecharse de todas sus ventajas, se contentó con replicar:

—Estoy tan persuadida como vos, ilustre prelado, de la complacencia que la duquesa d' Auvillars sentiria en verse al lado de su padre, y tampoco dudo, conociéndola, los deseos que tendrá su tia de verla en su casa; pero me parece que no es ocasion favorable para emprender un viaje semejante; ademas del rigor de la estacion, los caminos están lejos de ofrecer la menor seguridad. A las inmediaciones de una guerra ordinariamente están infestados de numerosas bandas de malhechores. ademas una señorita del elevado rango de la bella Elfegia, puede atravesar ejércitos enemigos, sin esponerse á peligros que me parece bien difícil evitar?

El señor Vidal, no pudiendo dominar su impaciencia la interrumpió:—Señora, los que acompañarán á madama Elfegia, pueden responder de su seguridad.

Pero la abadesa sin tener en cuenta esta replica prosiguió su discurso.

—Si, señor; yo temeria por la libertad de esta jóven: por otra parte, si el solo motivo de rendir sus homenajes al rey de Francia, llama á la baronesa de Langon á Paris, debo creer con fundamento que no tratará de emprender un viaje inútil, porque es indudable que Felipe se propone visitar inmediatamente el Langüedoc, y aun acaso en el momento en que os hablo, esté ya en camino con direccion á él. Reuniéndose todas estas circunstancias, dudo mucho que vuestra prudencia insista aun en reclamarme la duquesa.

Espero que lo reflexionareis, y os ruego en fin no separarme de ella: tanto como su tia aprecio dignamente sus escelentes cualidades: pero mas enterada acaso de ciertas particularidades ignoradas de la ilustre Elfridia, yo temeria abandonar mi amable amiga á consejos perniciosos para ella misma.

Esta parte del discurso tenia todo el aire de dirigirse al trovador: este pues no vaciló en tomarla en este sentido, y se decidió á combatirla en estos términos.

—Con todo el respeto, señora, que debo á vuestra clase, y á vuestro carácter, permitid que responda sin rodeos á lo que acabais de decir.

Vos temeis, habeis dicho, abandonar la

señorita Elfegia á perniciosos consejos. Y quién son, os pregunto, los que tratarán de abusar de su inocencia, de sus admirables virtudes? Será la joven Odila, la amiga de su infancia, educada con ella desde sus primeros años, tratada por el duque d' Auvillars como su propia hija, idólatra de las cualidades de su amiga, de cuyos sentimientos todos participa? Ellas tienen los mismos pensamientos, y jamás, á lo menos mientras las he visto en el palacio d' Auvillars, el mas leve soplo envenenado ha venido á turbar la pureza de sus almas.

Seducida y obcecada por falsas imputaciones, juzgareis acaso conveniente desconfiar de mí? Ésa conducta seria injusta. Amigo íntimo del marqués de Levis, esposo prometido de la señorita Elfegia con el consentimiento de las dos ilustres familias; encargado por el duque mismo de velar en la educacion de su hija, qué idea contraria á su clase, á su ternura hácia sus padres, á su amor al valiente Adolfo podria yo inspirarla? Hay en mí un motivo aparente de hacerla olvidar lo que se debe á sí misma? No encontraré yo mi recompensa, mi felicidad, haciéndola marchar constantemente por la senda del deber? Iria yo á decirle: «olvidad unos nudos que se forman con vuestro consentimiento: cesad de

amar á un héroe, objeto de vuestra eleccion; rebelaos contra el mejor de los padres que colma vuestros deseos, y que apenas os deja tiempo de formarlos?»

—Seria necesario, por cierto, estar bien desprovisto de razon para usar un lenguaje semejante. Y ademas con qué objeto? Por veleidoso, por ligero que se hayan complacido en representarme, no será á mi á quien se verá abjurar lo que el honor tiene de mas precioso, y la religion de mas sagrado.

—En fin, señora, porque á todo quiero responderos, vos no habreis pretendido ultrajar á madama Elfidia, pensando que fuese capaz de dar perniciosos consejos á su sobrina.

—Bien sabia yo, señor Vidal, replicó la abadesa un poco demudada, que érais un hábil poeta; pero ignoraba que fuéseis tan elocuente orador. Estoy sumamente complacida de vuestra vivacidad en querer rechazar toda acusacion, pero me permitireis no explicarme mas sobre este punto.

—En fin, señora, dijo el obispo levantándose, yo he venido á reclamar la duquesa de Auvillars; aprecio infinito la amistad que hácia ella manifestais, pero insisto de nuevo en encargarme del cuidado de conducir á Elfgia al lado de su tia.

—Pedidme, replicó Eloisa con afectada

dulzura: pedidme, os ruego, una cosa que esté en mi mano conceder; yo tendré en ello la mayor complacencia; pero quereis exigir de mí la única en que no tengo libertad para condescender.

—Tanta bondad hácia la duquesa me llena de reconocimiento; pero en fin, señora, debe tener un término: ella misma desea ir á reunirse á su padre, y aunque sumamente agradezca á vuestro cariño, el motivo que la anima es demasiado poderoso para decidirla, y vos estais bastante acostumbrada á domar las pasiones que afligen y tiranizan al resto de los humanos, para hacer en este momento el sacrificio que se os exige.

—Os repito, señor, por última vez, que terminemos una conversacion penosa para los dos. Ellegia no puede salir de este monasterio, ni á mí me es posible confíarosla.

—Vos me admirais, señora, y yo no pensaba que hubiese tanta dificultad en entregar una jóven á sus parientes, á su mismo padre; porque en fin, yo estoy conveucido del ardiente deseo que tendrá de verla.

—Vos lo creeis, señor, y acaso os engañais.

—En fin, señora, vos me rehusais por un capricho inconcebible, lo que tal vez tendría yo derecho para mandar. Estará Elfe-

gia presa en este claustro, y los rigores del rey de Francia se estenderán á la inocente hija del duque d' Auvillars? Permitidme decir que tendreis gran dificultad en persuádmelo; y si como debo creerlo no es así, me poneis en el caso de entregarme á estrañas conjeturas.

—Sois muy dueño de ello, replicó la abadesa con una impaciente altivez: yo sé cuán activa es la calumnia, pero las sospechas que pueden germinar en vuestra alma, serán destruidas, con una sola palabra, porque á pesar de vuestra severidad, yo desco aun vuestra estimacion. No es una orden del rey la que retiene á Elfegia en este claustro, sino la voluntad terminante, y mas de una vez expresada, del mismo duque d' Auvillars. Mis palabras acaso os dejarían alguna duda, pero estas cartas escritas de su mano, creo que serían bastantes á disiparla.

Dijo, y sacando de debajo de su velo un paquete, le hizo pasar por la reja, y le dió á leer al obispo confundido. Las espresiones eran definitivas: el duque confiaba ciegamente su hija á los cuidados de Eloisa, la hacia única depositaria de su autoridad, recomendándola espresamente retenerla á su lado, y no dejarla salir, sino cuando posteriormente él la reclamase por otro escrito.

En tanto que el prelado leía aquellos papeles, y que Vidal, fuera de sí, trataba de contestar á aquellas espresiones, la abadesa, bajo una aparente tranquilidad, ocultaba su páfida alegría. El obispo no se apresuraba á responder: el trovador mismo estaba mudo. Eloisa fué la primera en poner término á aquella situacion embarazosa, diciendo con fugido candor:

— Ya veis, señor, cuán fundada estaba yo para oponeros una justa resistencia: suplico á vuestra grandeza me perdone la dilacion de que he usado en haceros conocer las intenciones del padre de mi jóven amiga; pero me lisonjeaba que tendrais alguna consideracion á mis ruegos.

El buen prelado no se dejó engañar con este discurso. Sintióse vivamente picado del penoso papel que la abadesa le habia hecho ejecutar, y no pudo impedirse el manifestárselo: ella repitió sus excusas, y el obispo, retirándose, puso fin á una conversacion ya desagradable á las dos partes.

Arnaud Vidal, sumamente indignado, no se resolvió á continuarla, y siguió al prelado, temblando de los innumerables peligros á que la imprudente facilidad del duque d'Auvillars, iba á abandonar su hija.

No habia engañado Eloisa al obispo, anun-

ciándole la próxima llegada á Tolosa del rey de Francia. Esta noticia era ya pública: el condestable Gauchier de Chatillon, debía preceder al monarca algunos dias. Venia á asistir á los estados de la provincia, y las diferentes órdenes de que se componian se habian propuesto aprovechar esta circunstancia para obtener la ereccion de un parlamento permanente en la ciudad.

En tanto que Arnaud Vidal deploraba el triste éxito de su tentativa, Odila y Elfegia estaban en una extrema inquietud: las horas se sucedian, y no las llamaban. Para entretenir su impaciencia, posiéronse á arreglar sus efectos, y preparado todo para su próxima partida. Muchas veces salieron al corredor, creyendo oír los pasos de los que venian á buscarlas; pero se retiraban en seguida llenas de confusion, y conociendo que las habian engañado sus vanos deseos: en esta ansiedad trascurrió la mayor parte de la mañana. Hácia el mediodia, en fin, vinieron á llamar á Elfegia de parte de la abadesa, y aunque Odila no estuviese comprendida en la invitacion, creyó no deber abandonar á su amiga.

Eloisa al verlas entrar pareció sorprendida con la presencia de Odila, pero recobrando prontamente la calma que siempre afectaba, tendió la mano á Elfegia y la dijo sonrién-

dose: *que me habia de dar la libertad de mi*

—Hoy, mi joven amiga, he tenido que combatir valerosamente por vuestra causa: unos buenos parientes deseaban con viveza sacaros de este monasterio, y yo tenia igual deseo de reteneros en él: ahora bien, por quién pensais que ha debido quedar la victoria?

—Ah!, madama, replicó Elfegia, á pesar de mi estimacion por vos, yo deseo ardientemente verme al lado de mi padre. Sin duda sentiré el separarme del vuestro, mas espero que habreis prometido dejarme partir para Langon, donde me aguarda mi tia Elfidia. Si el obispo de Bazas está en la casa todavia, permitidme ir á recibirle, y á dar las órdenes necesarias para el trasporte de los pocos efectos que pienso llevar conmigo.

—No os apresureis tanto, mi hermosa amiga; tiempo tendreis para hacer vuestros preparativos. El señor Bernardo Rosimond ha salido ya del monasterio, y á pesar de vuestra ansia por sustraeros á mi amistad, teneis que permanecer conmigo hasta el dia en que el duque vuestro padre, restituido á Tolosa, os reclame en persona.

—Qué decís? señora, exclamó Elfegia palideciendo; qué! no cedereis á los deseos de mis deudos, y permaneceré aqui hasta la

época incierta de la libertad de mi padre? No esperaba yo semejante declaración.

— Ni yo tampoco, replicó Eloisa con tono picado, esperaba veros reconocer tan mal mis atenciones. Por qué ese apresuramiento por dejarme? Pensais no estar aqui en un lugar conveniente? habrán de recaer siempre sobre mí las consecuencias de una imprudencia que deploro?

Elfegia, arrebatada por un primer movimiento de vivacidad, iba á confundir á la abadesa, que alababa la seguridad de su monasterio, descubriéndola que estaba instruida de las visitas nocturnas que recibia, y que á ella tanto debian alarmarla, cuando una prudente reflexion la detuvo. Contentóse con manifestar que aun cuando estuviese bien al lado de Eloisa, no debia estrañar esta que prefiriese la casa de su tia, á la morada en que accidentalmente se encontraba.

Odila por su parte estaba lejos tambien de escuchar los consejos de la razon: abrasábase de impaciencia y su semblante espresaba hasta el último grado los sentimientos que la animaban. Aprovechando un momento de silencio, tomó en fin la palabra.

— Yo no creia, ó no recuerdo, señora, que el duque de Auvillars, conducido á Paris, sin haber tenido el honor de conferenciar con vos,

haya podido concederos el derecho de retener su hija, cuando ella misma y toda su familia solicitan tan vivamente su salida de este monasterio.

—Y yo, jóven, respondió Eloisa con toda su altivez, no dudaba que el célebre Vidalos hubiese enseñado las consideraciones que debeis á los que son tan superiores á vos. Ahora descubro cuánto me habia engañado, y con pesar me veo en el caso de advertiroslo.

—Yo he aprendido de él, madama, á respetar mis deberes, á amar la virtud, á venerar á los que lo merecen; y hasta mi partida del palacio de la señorita Elfegia nadie tuvo que reconvenirme haber desconocido lo que debia á aquellos que, por su nacimiento y por sus eminentes cualidades, merecian tan altamente mis respetos. No creia yo tampoco, que mi último discurso me valiese una leccion semejante: la he oido, y veo mas que nunca el espíritu que la ha dictado.

La abadesa iba á replicar con vehemencia, cuando Elfegia queriendo distraer la conversacion preguntó terminantemente á Eloisa qué motivo la habia empeñado á retenerla, sin titulo legitimo para ello.

—Estais, le respondió aquella en el mismo error que ha estraviado al resto de vuestra

familia: yo ignoro por qué razon vuestro señor padre ha juzgado conveniente ocultaros á todos el conocimiento de su espresa voluntad que me trasmitió directamente. Pero no tendré mas para vos una reserva injuriosa, y os daré parte de todo lo que he descubierto esta mañana al estimable obispo de Bazas. Hé aqui cartas de vuestro padre que se esplican claramente, podeis leerlas, y ellas os manifestarán que hasta su regreso estais confiada esclusivamente á mi vigilancia.

Estas palabras pronunciadas con una frialdad glacial, aterraron á nuestras dos amigas: entonces vieron aun mejor que Arnauud Vidal, la estension del peligro que las rodeaba, y al paso que recorrian los fatales escritos, sus almas desalentadas se abandonaban á un profundo anonadamiento.

—Ya veis, prosiguió la abadesa, que yo estaba provista de algunos derechos para rehusar entregaros. No habia tenido necesidad de conversar con el duque antes de su partida para merecer su confianza. Vos podeis ahora apreciar si he puesto el mas pequeño limite á ella. En cuanto á vos, jóven (continuó dirigiéndose á Odila) como las cartas de duque d' Auvillars no hacen mencion de vuestra persona, y yo no desconozco vuestro ardiente

deseo de sustraeros á las austeridades de esta piadosa mansion, no pienso reteneros á pesar vuestro antes que concluya el dia: sois dueña de retiraros, y espero que los cuidados de mi amistad no dejarán á Elfegia apercibirse de vuestra ausencia.

—Ah! madama qué decis, la replicó Odila. podria yo abandonar á mi amiga! jamás he tenido tal pensamiento. Y quién como yo la prodigaría los consuelos de la sincera amistad!

—No, añadió Elfegia, no, mi Odila no querrá separarse de mi.

—Es necesario, sin embargo, repitió la abadesa, resignaros á esta contrariedad; porque yo no quiero que pase la noche en el monasterio: yo desconfío siempre de esos espiritus curiosos, que tratan de saber lo que deben ignorar, que forman relaciones sospechosas, y á quien se ve recorrer á todas horas los departamentos de una santa casa, para sorprender los secretos, si alguno hubiese en ella. Puedo yo permitir ademas, que aquí mismo se conspire contra mí, reuniéndose á una mujer, cuyo carácter ha sido exasperado por las desgracias, y que de todo juzga mal, porque todo lo ve del mismo modo?

—Seguramente, señora, dijo Elfegia, que no hablareis con seriedad. Odila no merece

tales reconvenciones, y jamás...

Recordando, empero, la correría nocturna de su amiga, no se atrevió á proseguir, no dudando que habia sido espiada cuando se dirigia al cuarto de Ambrosina. En cuanto á Odila, el solo pensamiento de que acaso se la iba á separar de Elfegia, á quien no habia dejado jamás desde su niñez, la llenaba de desesperacion: ya habia perdido el deseo de insultar á Eloisa, y en aquel momento sentia amargamente no haber sabido merecer su amistad disimulando.

La abadesa, entre tanto, prosiguiendo el curso de sus proyectos, y viendo ademas que habia llegado la hora de romper toda consideracion, persistió en lo que habia espresado, y pronunció la irrevocable sentencia de la espulsion de la triste Odila, añadiendo que esta jóven debia estar fuera del monasterio antes que llegase la noche. En vano Elfegia con sus súplicas y Odila con sus lágrimas, trataron de cambiar aquella rigorosa decision: todo fué sin éxito. Eloisa habia tomado su partido, y se mostró inexorable. A la certidumbre de la nueva desgracia que iba á agoviarlas, las dos amigas se entregaron al mas excesivo dolor, estallando contra Eloisa de tal manera, que esta las ordenó retirarse del aposento, y rehusó volverlas á recibir

después. Ah! cuánto deploraron en esta circunstancia el funesto pensamiento que la había conducido á aquel monasterio, y que las había retenido en él después de la partida de Elfidia! pero el mal estaba hecho, y no era posible repararlo.

Elfegia, sobre todo, se consideraba en adelante blanco de todas las persecuciones particulares de la abadesa, no dudaba que esta despedida de Odila tuviese relacion con un plan atroz, y que aislándola enteramente, se esperase conseguir con mas facilidad su perdicion. El odioso carácter de la superiora se le presentó entonces en toda su estension, y se preparó á todas las mas espantosas desgracias.

Antes de separarse de su amiga, escribió á su amante invitándole á velar sobre ella. Igualmente se dirigió á su padre, manifestándole como un singular favor la libertase del tirano yugo que en adelante iba á pesar sobre ella. Vinieron en fin á buscar á Odila; Elfegia queria á lo menos acompañarla hasta la puerta exterior, pero aun esta gracia le fué tambien rehusada: la abadesa no lo permitió. Sin duda tenia razones para ello, porque luego que se hubo separado del aposento de la duquesa d' Auvillars, se presentó la priora delante de Odila, y la intimó entregase

las cartas que Efigia la hubiese dado. La joven resistió, por de pronto, pero como estaba distante de esperar un insulto de aquella especie, no fué difícil arrebatársela aquel paquete precioso, á pesar de su resistencia.



XXVIII.

Luego que llegó al palacio d' Auvillars, donde su inesperada presencia y sus lágrimas causaron la mas completa sorpresa, mandó llamar á Arnãud Vidal, que no tardó en presentarse: su asombro fué inesplicable á la vista de Odi-la y al relato que le hizo: con todo, desaprobó altamente toda medida ruidosa, porque, añadió prudentemente, una jóven no está en el caso de chocar abiertamente con la po-

derosa familia d' Aigremont, y qué derecho tenemos nosotros para quejarnos de la reclusion de vuestra amiga, cuando su padre no solo consiente en ella, sino que la ordena? Guardémonos, pues, de señalarnos por una acción inconsiderada: escribamos al duque lo que pasa; su cuñada, el obispo de Bazas, el marqués Adolfo se unirán á nosotros. Es imposible que este concurso de personas tan vivamente interesadas en la felicidad de su hija, no consiga abrir los ojos de un padre que cree obrar bien, pero que se engaña desgraciadamente.

Ellegia entre tanto inconsolable con la atrevida determinacion de Eloisa, permaneció muchos dias entregada á una sombría desesperacion: obstinadamente rehusó recibir á su perseguidora, y cuando esta, á pesar de su voluntad, penetrando en su habitacion, quiso probar á consolarla, la jóven se encerró en un absoluto silencio, sin responder ni á las caricias ni á las amenazas. El estado violento en que se puso, llegó á tal punto, que Eloisa se sobresaltó. No sabiendo cómo calmar el vivo resentimiento de la jóven duquesa, imaginó permitirle hablar con Ambrosina, y mandó á esta pasar al aposento de la hermosa afligida. La religiosa no deseaba mas, y no esperó por consiguiente á que se la repi-

tiera una órden que con tanto placer obedecía.

Cuando Elfegia la vió presentarse corrió á su encuentro, y estrechándola en sus brazos derramó un torrente de lágrimas que contribuyó á aliviarla. Ambrosina la rogó encarecidamente recobrase un poco de energía, y no se dejase abatir de aquella suerte; porque, añadió en voz baja, necesitareis fuerzas para combatir.

Elfegia comprendió demasiado el sentido de estas palabras, y nuevos pesares vinieron á mezclarse á los primeros. Ambrosina se separó, en fin de ella, exhortándola á ocultar en el fondo de su alma los sentimientos que la penetraban. Guardaos, la dijo, de demostrar el exceso de vuestra pena. Se está calculando, no lo dudeis, los grados de fuerza que pueden quedaros, y se obrará cuando se os juzgue de todo punto anonadada: pero en vuestra desgraciada posicion, pensad que mejor que Odila, Ambrosina puede protegeros. Yo no dejaré un momento de velar en vuestra seguridad, y me lisonjeo poder advertiros cuando el peligro se aproxime. Después de estas consoladoras palabras, se retiró la buena religiosa.

Elfegia quedó mas tranquila, pero persistió siempre en su alejamiento de Eloisa, á la

que no podia resolverse á perdonar su abuso de poder. ¡Cuánto mas penosa le parecia la soledad, cuando por la noche se encontraba sin su Odila! El marqués de Levis, era sin embargo, admitido alguna vez al locutorio, pero no podia ver á su amada sino á presencia de la abadesa, ó de sus numerosas espías. En estas cortas entrevistas, las miradas hablaban mas que la boca, y su silenciosa ternura no tenia necesidad de palabras para expresarse: pero Vidal y Odila estaban excluidos de la entrada en el monasterio, y no se habia podido obtener de Eloisa la revocacion de una prohibicion tan injuriosa.

Si los dias pasaban tristemente para Elfe-gia, las noches eran mucho mas penosas todavía: el menor ruido la despertaba sobresaltada; el mas ligero movimiento la hacia estremecer. Jamás pasaba por delante de la cortina, tras de la cual, segun el relato de Odila, habia desaparecido el templario, sin experimentar un espanto de que no podia defenderse.

Una noche que habia prolongado algo mas su oracion en la iglesia del convento, se volvió á su cuarto estremadamente debilitada, y deseando entregarse inmediatamente al reposo. Ya principiaba á despojarse de sus vestidos, cuando oye un fuerte golpe á su puer-

ta: llena de turbación, pregunta quiénes? Nadie le responde, pero el ruido de un ligero roce en el suelo, llega á sus oídos. Inclina la vista y percibe un pedazo de pergamino que se trata de introducir por bajo de la puerta. Sorprendida con esta acción, piensa que acaso una mano amiga le dá un aviso importante; recoge, pues, el billete, le abre y lee estas palabras: «Guardaos de entregaros al sueño esta noche, si no quereis secundar los proyectos del crimen.»

Un sudor glacial recorrió todo su cuerpo al concluir esta fatal lectura. Qué era lo que le hacia prever? Tratarían de penetrar en su celda? Se habia formado el proyecto de robarla? Incierta en lo que debia hacer, sabiendo que en aquel lugar no tiene que esperar socorro, sino de sí misma, quiere, á lo menos, en aquel terrible trance, implorar la asistencia del que no nos abandona jamás. Trascurren las horas, entre tanto, y un profundo silencio reina en el dormitorio. La gran campana del reloj hace sonar las doce, y el terror de Elsegia lucha contra su debilidad. Sus ojos sobrecargados se cierran á su pesar, y teme por lo tanto, que se haya mezclado á su bebida alguna droga soporífera. Esta idea redobla su espanto, y aumenta el horror de su situación: ella vela... escucha... oye pasos

inmediatos á su cuarto, y lanza un grito ahogado... La puerta gira suavemente sobre sus goznes, y d' Aigremont se presenta á su vista...

—Miserable, le dijo, qué venís á buscar aquí? Qué, la santidad de este asilo no ha sido bastante para imponeros! Y debo yo ser víctima en la confianza de mi familia?

—Señora, la replicó el templario confundido, porque la creía sumergida en el mas profundo reposo; el amor es mas fuerte que todos los lazos con que se quiere encadenarnos sobre la tierra: yo le he combatido largo tiempo; pero en fin, he tenido que ceder, y no puedo menos de aplaudir esta dulce derrota. No veáis en mí un templario, ved el futuro soberano de Carcasona: mis derechos á este condado han sido reconocidos por el rey de Inglaterra, y bien pronto sus cuidados deben hacerme entrar en posesion de esta herencia de mis mayores: el soberano pontifice, de acuerdo con él, ha consentido en restituirme al mundo: mis juramentos se han anulado, y ya puedo, sin ser criminal, hablaros de la llama que me devora. Cerca de aquí se halla erigido un altar, y un sacerdote que nos espera: unirá para siempre nuestros destinos antes del nacimiento de la aurora. No se me oculta cuán extraño debe pa-

receros olvidar así al amante de vuestra elección; pero pensad en que no volveréis á ver á vuestro padre ni al marqués de Levis, sino despues de ser mi esposa. En vano queriais resistir; aqui todo me obedece, y puedo obtener por mi autoridad lo que pido á vuestra ternura.

—Lejos estoy de creer, le replicó Elfegia medio moribunda, que vuestra hermana se haya prestado á una traicion semejante: ni la ambicion del rango á que quereis elevarme, ni las falaces palabras que acabo de oiros, me harán mas dócil á vuestros deseos: yo no seré vuestra jamás. Podria yo prometer amar á aquel á quien no puedo conceder mi estimacion?

—Y bien! Señora, me basta: el tiempo, os haré, acaso menos severa; pero os repito que el altar nos espera; no me obligueis á arrastraros á él.»

Tal fué la espresion del indigno templario: su victima temblando con todos sus miembros llama la muerte, que puede únicamente sustraerla á la horrible suerte que se la prepara. D^a Aigremont dá una ligera palmada, á cuya señal se presentan otros dos templarios, y les ordena apoderarse de Elfegia, y conducirla al lugar indicado. Elfegia arroja dolorosos gritos que ellos tratan de sofocar: un per-

vudo brazo la levanta ya del suelo, cuando súbito la campana del convento violentamente agitada, toca con velocidad á rebato. A aquel imprevisto ruido, todo el monasterio se pone en movimiento; las puertas se abren, las religiosas van á salir de las celdas. Aterrado del peligro que corre, y vomitando imprecaciones sin número, d' Aigremont abandonó su presa, y seguido de sus dos cómplices, huye por la puerta secreta que les habia facilitado la entrada. Ya á este tiempo habia cesado de sonar la campana, pero el tumulto iba en aumento. La misma Eloisa, admirada de los rumores extraordinarios que habian llegado hasta ella, se levantó apresuradamente y salió á medio vestir. Pregúntanse unas á otras: todas ignoran lo que pasa, y corren al campanario, pero á nadie se encuentra allí. En vano la abadesa enfurecida ordena las mas activas pesquisas: no hay rincón en el monasterio que ella misma no recorra, ni religiosa á quien no interroge: nada puede sacar en claro, y la causa de un ruido tan extraordinario permanece oculta en la mas completa oscuridad.

El lector debe saber que d' Aigremont no habia prevenido á su hermana de una tentativa que acaso la hubiera sobresaltado y por consiguiente ella no pudo sospechar de Am-

brocina el haber obrado de aquel modo para salvar á Elfegia. En medio de la confusion general se advierte que esta es la única que no se presenta: corren á su cuarto, y la encuentran desmayada en el suelo. Generalmente se persuadieron que aquel accidente provendria del susto, y prodigándola sus cuidados se consiguió volverla á la vida. Abre, en fin los ojos, y distinguiendo á Ambrosina: «Oh! madre mia! dijo por un impulso involuntario, salvadme! Los malvados están ahí, me van á arrastrar!»

Ambrosina atemorizada en la imprudencia, trata de tranquilizarla, y Elfegia, ya mas serena, se propuso disimular la verdadera causa de su terror. Entre tanto la hora de los oficios llamó las religiosas al coro, y encaminándose todas á él, Elfegia quedó enteramente sola. Entregada á sus reflexiones queria persuadirse de que sus sentidos durante aquella terrible noche habían sido juguete de una ilusion: no podia convencerse de que d' Aigremont hubiese tenido la audacia de ponerse en su presencia, y la infinitamente mayor en pretender el sagrado título de su esposo.

Pero un instante despues, la verdad toda entera venia á agoviarla con una terrible certidumbre, y ya no podia dudar de la temeri-

dad del templario: estremeciase á la idea de quedar sin defensa, espuesta á las mas osadas tentativas, y la noche próxima le pareció que debia ser mas horrible aun para ella.

Este funesto presentimiento no la engañaba: pasóse todo el dia sin que ninguna religiosa viniese á consolarla, y ya las sombras iban envolviendo el emisferio. Elfegia se prometia no buscar mas un sueño que hubiera podido ser cómplice del crimen, cuando oye correr hácia ella: el recuerdo de la horrorosa escena de la vispera se ofrece á su memoria: ligúrase oír los pasos de d' Aigremont. Empujan la puerta, y entran: era Ambrosina.

— Tranquilizaos, dijo á Elfegia, viendo su palidez mortal, armaos de valor, mi jóven amiga: ha llegado el momento de mostrar toda vuestra energía: si quereis escapar á la suerte de que estais amenazada, escuchadme. Esta mañana, oculta en un pasadizo, que yo sola conozco, he oido los proyectos que se formaban contra vos. Por esta vez Eloisa consiente en ello, y la noche inmediata está señalada para su ejecucion. Instruida de la enormidad del peligro, no he vacilado en venir á hacérosle conocer, y aun acaso conseguiré tambien hacérosle evitar.

— Ah, madre mia! respondió la desolada Elfegia, vuestros cuidados serán tarde ó temprano inútiles; podreis tener la suficiente vigilancia para burlar las tramas urdidas contra mí? no habrá algunas mejor combinadas, ó mas secretas, que dudan vuestros desvelos? Ay de mí! abatida por el exceso de mis infortunios, estoy lejos de poseer la fuerza que, segun decís, me es necesaria en este instante, y si no puedo salir de estas detestables paredes, no tardaré en encontrar en ellas la muerte.

— Y qué diriais, señorita, replicó la sensible religiosa, si antes del día no estuviéseis ya en este monasterio?

— Gran Dios! exclamó Elfegia fuera de sí: sería posible lo que me decís? Qué! por medio de vuestros socorros me libraré de mis perseguidores? Querida Ambrosina, un servicio semejante me volveria mas que la vida, pues me pondria á salvo de los atentados con que se me amenaza, y me conduciria pura al esposo elegido por mi corazon, pero es posible lo que me decís? Los que vigilan esta casa no obedecen á vuestra abadesa? y debo yo esperar compasion de unas mujeres que participan de sus crímenes y de sus odios?

— No os he engañado, la dijo Ambrosina en voz baja, y me lisonjeo de ponerlos en li-

bertad: pero los medios que emplearé serán extremos, y aun no me atrevo á esperar verlos logrados todos: moderad, pues, vuestra alegría; pero no os entregueis tampoco á un abatimiento total.

El que protege la inocencia, probablemente no os abandonará, y si su poderosa mano viene á ayudarnos en alguna cosa, estad cierta de que romperéis vuestras cadenas. A la estremidad meridional del comedor en que se halla el aposento de la abadesa, notareis un inmenso relieve de madera dorada que representa á san Jorge á caballo, libertando á una jóven de las enormes garras de un dragon, presagio feliz en esta circunstancia, y que sin duda no nos engañará: un tupido velo oculta ordinariamente esta bella obra de escultura, y se cree aqui comumente que se ha tomado ese cuidado para su conservacion, al paso que tiene otro objeto que notardareis en conocer. Esa cortina está empleada en ocultar á las miradas los movimientos del bajo relieve, que por medio de un resorte escondido en la boca de serpiente, gira sobre sus goznes como una puerta, y se introduce en el grueso de la pared, abriéndose sobre una escalera estrecha practicada en el espesor de la misma pared: á los últimos escalones se penetra en un subterráneo de prodigiosa longitud,

que comunica con las bóvedas en que están sepultadas las religiosas de este monasterio; pero no hay que separarse á derecha ni izquierda, sino proseguir el camino bajo la bóveda que se presenta en medio de los diversos ramales: se llega en fin á una segunda escalera que es necesario subir, y á la conclusion de ella apretando un nuevo resorte que encontrareis fácilmente por las señas que os daré, penetrareis en la iglesia de la Dalbada por detrás del altar mayor, separando el pedestal de una columna colocado en un piñon de hierro sobre el cual gira. Yo os juro lo mejor que es posible, este camino solitario, aunque jamás le he recorrido; pero la santa abadesa antecesora de madama D^e Aigremont, me comunicó el misterio de él, pintándomele tal como yo lo he hecho.

Ese subterráneo fué labrado en tiempo de la guerra de los Albigenses, para facilitar un asilo y un retiro á nuestras hermanas contra la maldad de aquellos culpables hereges: desde entonces no ha vuelto á hacerse uso de él, y fuera de mí ninguna religiosa en este monasterio le reconoce.

Eloisa sola debe tener alguna idea de él, porque despues de su instalacion le fueron entregados los archivos secretos del convento, y pudo en ellos descubrir el secreto; pero

lejos de dejarle en la oscuridad, juzgó conveniente servirse de él, y por este camino han venido frecuentemente los templarios á profanar este asilo, y mas á menudo aun se sirve ella de él para eludir sus votos de clausura. Muchas veces, durante la profundidad de la noche, se ha vestido con un hábito de templario, y tomado, con sus mas íntimas confidentas, igualmente disfrazadas, esa senda favorable á empresas criminales. Por ahí fué por donde la última noche ha debido penetrar d' Aigremont, y mañana el mismo lugar le vomitará para acabar de perderos. En este supuesto, ¿os sentís con el valor necesario para recorrer sola, esos vastos subterráneos, y previniendo nuevos atentados, no deber vuestra libertad sino á vos misma?

—Oh, madre mia! la dijo Elfegia, estrechándola contra su corazon, me creéis bastante débil para titubear? Las mas espantosas sombras están lejos de inspirarme el terror que d' Aigremont me hecho experimentar; ademas, qué tendré que temer? Yo caminaré bajo esas bóvedas para sustraerme al crimen. El ángel que está encargado de mi guarda me abandonará en semejante circunstancia? No pensais que mas bien dirigirá mis pasos? Yo pongo en Dios toda mi confianza, y Dios

no la despreciará. Pero apresurémonos: cada minuto perdido me parece un siglo, la menor dilacion prolonga otro tanto mi suplicio .. Sin embargo, poniéndome yo en salvo, ¿no quedareis vos espuesta á los furores de la pérfida Eloisa? No adivinará que vos habeis sido mi libertadora? y su cólera no recaerá sobre vos? Ah! si tengo esta certidumbre, quiero mejor encontrar aquí la muerte que deber mi salvacion á vuestra pérdida.

—Tranquilizaos, amable criatura, replicó Ambrosina con estremada serenidad; Eloisa no puede sospechar de mí, ignorando que yo conozco esa secreta salida, y en el caso en que penetrase la verdad, tengo ciertos recursos para sustraerme á su venganza: cualquiera que sea la depravacion de su alma, jamás se atreverá á usar de violencias conmigo; los lazos que nos unen son demasiado sagrados para romperlos así, y á pesar de todos sus escesos, d' Aigremont mismo no consentiria en ello jamás.

Asi pues, todo temor con relacion á mí, queda desvanecido. No pensemos sino en arrancaros á los peligros próximos; he aquí el último recurso que hay necesidad de emplear. He encontrado medio de sustraer del gabinete secreto de Eloisa, un traje de templeario de que ella se servia, y el adorno del cri-

men va á servir hoy de defensa á la virtud. Vos os le pondreis, y os colocareis esta máscara con que la abadesa encubre su rostro cuando sale por el subterráneo. Asi disfrazada, evitareis los obstáculos, y si por casualidad hay algun vigilante colocado en esos subterráneos, acaso no se opondrá á vuestra salida, al veros con el traje de nuestra abadesa.

Asi habló Ambrosina, presentando al mismo tiempo á Elfegia el manto blanco, adornado de una cruz de escarlata, la túnica y los pantalones tambien blancos, y la gorra del mismo color, sobre la cual ondeaba una pluma roja. La duquesa se coloca una banda, de la cual suspende una espada con el puño de oro en forma de cruz: cálzase en fin los borceguies guarnecidos de espuelas de oro, signo sagrado de la caballeria: una cadena del mismo metal pende de su cuello, y coloca por último sobre su rostro la máscara tutelar, de la cual, ni Ambrosina misma conocia toda la importancia. Elfegia temblaba disfrazándose; pero su hermoso cuerpo y su elegante estatura, la favorecian en esta delicada ocasion: reunia todas las gracias de un jóven templario; pero la faltaba su marcha resuelta y firme.

Terminados los preparativos, ella dió miles de gracias á su libertadora, é instándola

esta á ponerse en camino, sale de la celda marchando con el mayor silencio que les era posible, temiendo ser vistas por los espías que pueden estar colocados en las cercanias del aposento de Elfegia: avanzan lentamente; pero ningun ruido se escucha, y pasan sin contratiempo de la habitacion de Eloisa.

Llegadas delante del san Jorge, Ambrosina enciende un farol que llevaba, en la lámpara que alumbraba aquel sitio; levanta la cortina negra, y busca en la boca del mónico el resorte que ocultaba. Luego que le toca obedece: el relieve todo entero se mueve y penetra en la pared. Es llegado el momento de la separacion; Elfegia hace un esfuerzo sobre si misma para vencer sus fundados temores, abraza por tres veces á Ambrosina, guardando un profundo silencio; toma el farol que la religiosa le entrega, pasa á la escalera, desciende el primer escalon, y arroja una última mirada tras de sí: en aquel momento Ambrosina la hace una señal con la mano, y restableciendo el relieve, le encierra y se retira.

XXIX.

Los estados de la provincia de Langüedoe habian recibido la órden de reunirse en Tolosa, y el condestable Gaucher de Châtillon debia presidir su primera sesion. A este efecto llegó á la ciudad por la puerta Arnaud Bernard, y las diferentes órdenes de la misma salieron á recibirle: traia un acompañamiento de trescientos hombres, y marchaba en medio de cuatro capitulares. Era hombre de unos cincuenta años, de agradable aspecto, y de una virtud notoria: apeóse delante del gran pórtico de la iglesia de

san Estéban. El obispo, Pedro de la Capelle Taillefer, le recibió asistido de su clero, y vestido de sus ornamentos pontificales, y conduciéndole al altar mayor se cantó un solemne *Te Deum*. Desde allí se dirigió al palacio episcopal, donde tenia preparado el alojamiento.

El lunes 13 de diciembre se reunieron los estados en el convento de los jacobinos de Tolosa: durante sus sesiones, el rey Felipe el Hermoso salió de París con el objeto de visitar las provincias de la Occitania, y entró en la capital de los tectosages, donde se le esperaba con impaciencia.

Los estados aprovecharon su presencia para pedirle un parlamento permanente en la provincia, y el monarca juzgó conveniente concedérsele.

Por orden del condestable, los capitulares hicieron erigir en la plaza de San Estéban, á espensas de la ciudad, un salon de madera, al que se entraba por tres grandes puertas, del lado de la plaza de Roaix: toda la fábrica era de gruesas vigas de encina unidas, y sujetas con fajas de hierro: este salon, muy espacioso y bien fabricado, estaba cubierto de pieles para que el agua no penetrase. En el sitio principal de él habia un trono levantado sobre seis gradas, de un

trabajo sumamente esmerado, adornado de flores de lis de oro y cifras del mismo metal sobre fondo azul.

A derecha é izquierda habia tres filas de bancos, colocados sobre tres gradas mas bajas que las del trono, y dejando paso por medio para dirigirse á él. formando todo un gran cuadro rodeado de barras por todas partes.

A la parte exterior de este espacio cerrado y á lo largo de las paredes del salon, habia tambien tres filas de bancos dispuestos en gradería; lo demas estaba vacío y sin asientos, á fin de que pudiese contener mas gente.

El 26 de diciembre del mismo año, los capitulares de Tolosa, en trages de ceremonia, acompañados de muchos ciudadanos tanto del primero como del segundo órden publicaron á son de trompeta los nombres de los que el rey habia elegido para formar la sala de su parlamento en Tolosa marchaban delante dos heraldos revestido de túnicas con los blasones de Francia, llevando un escrito concebido en estos términos.

«Cuadro en que están los nombres de las ilustres personas que Felipe, nuestro soberano señor, y nuestro gran rey, ha elegido

para formar su parlamento en Tolosa.»

Pedro de Cherchemont, primer presidente.

Jacobo de Saint Bonnet, segundo presidente.

Consejeros legos: Deoato Estaing, Geoffzoi du Plessis, Geoffzoi de Pompadour, Guy de Torsay, Jon de Rocherain; Albert de Talbuen: *consejeros eclesiásticos:* Thiband d'Espagne, Pierre de Chappes, Begon de Castelnaud, Othon de Pardailhau, Aimerie de Basilliac, Pierre de Savigny: *procurador general:* Antonio de Calmont: *secretario:* Regnaud Galtran.

Despues de haber proclamado así los nombres, los heraldos arrojaban un grito, y añadian: «Sepan tanto hombres como mujeres, de cualquier calidad y condicion que sea, que si llegase á su conocimiento que alguno de los magistrados aquí nombrados, se haga indigno de la eleccion que de él se ha hecho, por su incontinencia, por sus crímenes, por el escándalo que dé, ó por sus costumbres depravadas, lo declaren en el término de ocho dias al canciller de Francia, á fin de que hechas las informaciones necesarias á consecuencia de la delacion, el que habrá sido denunciado, pueda ser borrado del cuadro, ó confirmado en su cargo por la pro-

clamacion que se hará en todas las plazas y calles de Tolosa.

El jueves 10 de enero, á las diez de la mañana, el rey acompañado de muchos príncipes, arzobispos y obispos y otros señores, se dirigió desde el palacio Narbonés en que habitaba, al lugar que se habia preparado para tener el parlamento.

La guardia de arqueros francos se habia apoderado de las puertas del salon, y dejaba la entrada libre y fácil. Habiendo entrado el rey y sentándose en el trono, todos los que tenían derecho á sentarse tomaron los lugares que le estaban destinados.

El príncipe y los dos mariscales de Francia, Foucaud de Mesle y Mille VI de Noyer, se sentaron á la mano derecha del monarca, y despues de ellos los señores de Coignac, de Charenton y de Montaigu, los señores André d, Offemont, Luis de Severac, Rodolfo de Caumont, Lázaro de Vivones, Gil de Roussillon, Guillermo Qui-ret, Nicolás de Bordes, Hugo de Barbessiere, Esteban de Archiach, y Raimundo de Montlacer. A la mano izquierda del rey, estaban el condestable de Francia, y despues de él los arzobispos y obispos: entre otros, Gil de Coloma, arzobispo de Bourges, que habia dirigido la educacion del rey, tenia el primer lugar: Adalberto de Pei-

ro, obispo de Viviers, de quien Felipe se servia en todos los negocios importantes y secretos, ocupaba el segundo. El resto de los bancos le llenaban las tres órdenes del país de Langüedoc. El chanciller estaba sentado al extremo derecho del banco cortado, que se apoyaba contra las gradas del trono.

El rey llevaba una toga de doce anas de paño rizado, sobre un fondo encarnado oscuro bordado de seda violada, sembrado de lises de oro y forrado de arminio: adornaba su cabeza una gorra de la misma tela, ribeteada de la misma piel, y á la cual estaba sujeta una corona con muchas puntas y rayos, enriquecida de todas clases de piedras preciosas. Tenia á sus lados dos bandejas, sobre las cuales estaban colocados el cetro y la mano de la justicia. Los principes estaban revestidos de mantos de paño de oro, sobre un fondo de seda violada, con dos bordaduras sembradas de lises, y un colgante de oro y arminio pendia á uno de sus costados. El condestable estaba adornado de su gran toga de ceremonia, de paño de seda, de cuadros rojos y azules, separados por filetes de oro, y por una flor de lis en medio de cada cuadro. Tenia en la cabeza una gorra variada, como la toga, y en la mano derecha la espada del rey desnuda, y con la punta hácia arriba.

Todos los prelados estaban revestidos y adornados de los trajes que marcaban su dignidad. Los mariscales de Francia tenían los mantos divididos en cuatro colgantes, reunidos alrededor del cuello, y los otros de la misma tela blanca y encarnada. El extremo de estos colgantes tenía bordaduras de oro, y el forro era de un paño de plata, fondo encarnado. Los demás caballeros llevaban ricos trajes tejidos de oro, pero cada uno á su capricho.

A fin de que la reina, las princesas y las damas de su comitiva, así como los caballeros que no tenían asiento en el parlamento, pudiesen ver cómodamente la ceremonia de aquel día, se había erigido una galería todo alrededor del salón, y allí fue donde se colocó la reina, seguida de su numeroso acompañamiento. Luego que esta célebre asamblea se hubo colocado, los guardias abandonaron la entrada del salón, que se llenó al momento de una gran muchedumbre de gentes de todo sexo y edad. Entonces los heraldos gritaron en alta voz:

—Gloria y larga vida á nuestro gran rey!

Estas palabras fueron inmediatamente repetidas por el pueblo con grandes gritos de alegría.

Las trompetas y otros instrumentos se hi-

cieron oír en seguida, y escitaron de nuevo la pública alegría. Cuando cesó aquel gran ruido, dos ugieres armados de mazas de oro, que estaban sentados á la entrada del cuadro sobre dos sillas á derecha é izquierda, impusieron silencio á nombre del rey: otros diez ugieres que se mantenian á la parte exterior de las barras, con mazas de plata, hicieron el mismo mandamiento, y todo quedó en el mayor silencio. El monarca entonces, con aire lleno de magestad, habló de esta manera: «Que habiéndole el pueblo del pais de Langüedoc suplicado humildemente tuviese á bien la ejecución de su decreto del año último, establecer un parlamento perpétuo en la ciudad de Tolosa, que es la capital y gefe de todas las del pais, y que todos los procesos, tantos civiles como criminales, pudiesen ser allí terminados sin apelacion y soberanamente, habia consentido en esta peticion, con las condiciones insertas en las cartas de creacion y establecimiento del parlamento, selladas con su sello, de las que mandó dar lectura.»

Entonces elcanciller se levantó, y habiéndose vuelto hácia el rey, á quien hizo una reverencia, principió un discurso que tenia por testo estas palabras de Isais: «Yo he visto al señor sentado sobre un trono muy ele-

vado, y su magestad llenaba toda la tierra.» Hizo una elocuente arenga, y concluida sacó las patentes que llevaba en el pecho de su toga, y las dio á leer al gran secretario de la chancillería. Hecha esta lectura le entregó el cuadro en que estaban escritos los nombres de los que debían componer el parlamento de Tolosa: el secretario los leyó en alta voz, y despues el rey hizo decir á sus oficiales se aproximasen, y recibieron por mano de los heraldos sus trajes de ceremonia á saber: los presidentes mantos de escarlata forrada de arminios, con sus colgantes, gorros de paño de seda ceñidos de un circulo de tisú de oro, túnicas de púrpura violada, y mucetas de escarlata forradas de arminio. Los consejeros legos obtuvieron togas rojas con las vueltas violadas, y una especie de sotana de seda morada para debajo de la toga, con las mucetas de escarlata adornadas de arminio. Los consejeros letrados fueron revestidos de manto color de púrpura violada, estrechos por arriba, y cayendo cerrados hasta los pies, sin tener mas abertura que para la cabeza y los brazos: la sotana era de escarlata y la muceta tambien.

El procurador general tenia el traje de consejero lego: el secretario llevaba una ropa distinguida por bandas de escarlata y ar-

minio. Los magistrados nombrados, habiéndose revestido los trages que acabamos de describir, doblaron una rodilla y saludaron al monarca con una profunda reverencia; al instante él les hizo seña con la mano para que se levantasen, y el secretario ó vicescanciller le trajo los santos Evangelios escritos en letras de oro (4). El primer presidente se aproximó al trono, hizo una respetuosa inclinacion, y en seguida subió á la cuarta grada, en donde puesto de rodillas, y con las dos manos sobre los Evangelios, el rey le hizo prestar el juramento siguiente: «Jurad y prometed á Dios y á mí que dareis consejos en todas las causas y negocios que conciernan á los intereses de Dios, de mi persona ó de mi reino; que no revelareis los se-

(4) Este precioso manuscrito en letras de oro, sobre vitela de púrpura, era conocido bajo el nombre de *Horas de Carlo-Magno*; este príncipe le regaló á la iglesia de san Sernin en Tolosa, donde se conservó hasta el dia en que el consejo de la ciudad, bajo la presidencia del baron de Bellegarde, su corregidor, se decidió á ofrecerle al emperador Napoleon. Se cree existe actualmente en la biblioteca real.

cretos del tribunal, ni los descubrireis sino á mí solo y al canciller de Francia por mi orden; que administrareis breve y cumplida justicia á mis súbditos; que juzgareis á los culpables conforme á la severidad de las leyes; que no recibireis de los señores, sean legos ó eclesiásticos, pension alguna sin mi licencia; y en caso de contravencion á estos artículos, os sometéis á ser degradado con infamia.»

El otro presidente y los demas consejeros, tanto legos como letrados, prestaron juramento en la misma forma; pero el del procurador general del rey estaba concebido en estos términos.

«Jurad y prometed á Dios y á mí, que defendereis con sinceridad y vigor la causa de Dios y de la Iglesia, como tambien los derechos reales y señoriales que me pertenecen, que sin acepcion ni distincion de personas, hareis todas las requisiciones necesarias á cercenar los abusos que puedan cometerse en la administracion de justicia que me dareis cuenta, ó al canciller de Francia, de las diligencias que habreis hecho para dar cumplimiento á lo que habeis prometido.»

El secretario hizo el juramento siguiente:
«Prometed á Dios y á mí, que escribireis

esacta y fielmente todas las sentencias y deliberaciones del parlamento y no revelareis sus secretos

Cuando todos hubieron prestado juramento, el canciller de Francia hizo pasar los dos presidentes á la parte del banco costado que estaba á la izquierda y á la altura del suyo, á los consejeros legos al banco que estaba á la derecha del rey, y los otros al que estaba á la izquierda. El procurador general se sentó al lado de los consejeros, el secretario se colocó á la entrada del cuadro, en una mesa provista de escribanía y papel. Después que estos nuevos magistrados fueron así colocados en sus puestos, el rey con una magestad grande y verdaderamente real, les hizo conocer en qué consistia el cargo y el deber de un magistrado, y sus obligaciones para con Dios, la Iglesia, el rey y el público. El testo de su discurso fué el versículo: *Erudimini qui judicatus terram*. Un cuarto de hora habló con una elegancia tan varonil y vigorosa, que llenó de asombro y admiracion á cuantos le escucharon. Concluido su discurso, los heraldos despidieron la asamblea con su voz acostumbrada, y quedó terminada la ceremonia de este dia.

Poco después este tribunal dió principio á sus sesiones en el palacio Narbonés,

que el rey le dió para administrar allí la justicia, sin quitar por eso el mando al viquier de la ciudad, que continuó habitando allí con la guarnición ordinaria para la defensa del castillo. Los estados de la provincia vinieron á felicitar al parlamento: todas las senescalías y principales ciudades del Langüedoc le complimentaron también por medio de diputaciones.



XXX.

Felipe el Hermoso empleó últimamente el tiempo de su mansion en Tolosa, siendo una de las cosas que hizo, acomodar la diferencia suscitada entre los condes de Foix y de Armagnac por la sucesion de su madre, hija del duque Gaston de Bearne. Buscó los medios de rechazar con ventaja á los ingleses, siempre dispuestos á encender la guerra; impuso á los pueblos, fortificó las ciudades de la provincia, y aumentó las tropas necesarias para su defensa.

El gran prior del Temple, que, en el prin-

cipio habia temido la presencia del monarca, cuya vigilancia hubiera podido descubrir sus sordos manejos con Eduardo, recobró alguna confianza al ver la lisonjera acogida que le hizo. Sin embargo, el rey desde aquel momento habia ya resuelto en su interior el abatimiento de la orden de los templarios: de todas partes le llegaban quejas contra ellos: sus excesos eran sin límites, y su insolencia los sobrepujaba aun. Pero el rey se guardó bien de dejárselo conocer: disimuló sus intentos, y sus atenciones obcecaron aun al mismo gran prior, que en aquel momento soñaba en la posesion de Ellegia, y en la soberanía de Carcasona con que aun se le entretenia, sin sospechar siquiera que la justicia divina estaba ya cansada, y que la hora del castigo se aproximaba á paso de gigante.

Empero, por amistad que Felipe le manifestase, no tuvo disgusto en verle partir para París, adonde le llamaron repentinamente mas importantes negocios. El papa Benedicto XI acababa de morir, habiéndose sentado apenas en el trono de San Pedro, é importaba al rey de Francia que el sucesor que se eligiese se mostrase igualmente inclinado por sus intereses: avisos fidedignos ademas, le hacian temer una tentativa seria de parte de los in-

gleses contra la Normandía. En consecuencia de estas noticias, abandonó á Tolosa antes del tiempo prefijado. El marqués de Lévis no le encontró en aquella ciudad, á la que regresó pocos dias despues, conduciendo numerosas tropas bien disciplinadas, y propias á sostener las fatigas de la guerra.

De todas partes los antiguos guerreros habian venido á colocarse bajo la bandera, en la que, sobre campo de oro se ostentaban tres jebrones negros, antiguas armas de su familia.

El mismo dia de la llegada de Levis á Tolosa, el mariscal Mesle recibió un correo anunciándole que los enemigos avanzaban á marchas forzadas, por lo que no debia perderse un momento, si se queria impedirles el hacer progresos considerables, que pudieran comprometer la seguridad de la ciudad.

Así pues, inmediatamente dió órdenes á todos los cuerpos que simultáneamente se presentaban, de marchar adelante y atravesar el rio. Apresuráronse todos á obedecer, y apenas Levis tuvo tiempo para correr al monasterio en que Elfgia estaba encerrada pero sin conseguir verla. Madama Eloisa le hizo decir que la comunidad estaba en rogativas, y que por espacio de muchos dias estarian constantemente cerradas las puertas de aquella santa morada. A pesar de su impaciencia,

forzoso le fue contentarse con aquella desagradable respuesta, y urgiendo los instantes, partió sin haber cambiado una mirada con la soberana de su corazón.

Arnaud Vidal y Odila no formaron buen presagio de la escusa de la abadesa, pero como estaba constituida en árbitra exclusiva de Elfegia hasta la vuelta de su padre, fué necesario sufrir este nuevo acto de despotismo. Desde el instante de la separacion de su amiga, Odila no habia cesado de derramar amargas lágrimas: habia escrito al duque d' Auvillars, en union de los parientes de Elfegia; pero no se recibia contestacion, sin poder comprender la causa de este silencio: provenia, empero, de la voluntad del rey que, durante su ausencia, habia prohibido toda comunicacion con los presos de estado: los mismos hijos del duque d' Auvillars, no pudieron obtener ser escluidos de esta rigurosa prohibicion.

Si Odila deploraba tan vivamente la ausencia de Elfegia, cuanto no se aumentarían sus lágrimas al saber la próxima partida del trovador Arnaud Vidal, que no queria separarse de su amigo! El marqués de Levis debia emprender su marcha el dia siguiente al romper el alba, y él le seguia á los combates que se preparaban. La amiga de Elfegia,

pronta á separarse del poeta, se arrojó desolada á sus brazos, y abandonándola su natural alegría, no supo mostrar mas que toda su debilidad. Mil siniestros pensamientos la agitaban en aquel momento, figurándose que veia al trovador por la última vez: todo llevaba á su corazon abatido y preocupado, la certidumbre de un funesto presagio; acababa de perderlo todo: separada ya de su amiga, ahora lo era de su amante.

Mas no era solo en el palacio d' Auvillars donde la desesperacion estendia su imperio; tambien reinaba en la morada de la baronesa de Rochechouart. Olderico de Montaut habia sabido el rapto de Adelina, y la penosa sorpresa que este acontecimiento le habia causado, hacia temer por su vida. En tanto que su hermana lloraba con él, una órden terminante del gran prior del Temple, le previno disponerse á marchar con los demás. Recobrando entonces alguna energia, volvió á emprender numerosas indagaciones en la ciudad; pero prodigó sin éxito su oro y sus desvelos: nadie pudo darle la mas leve noticia de su desventurada amiga. Teniendo la muerte en el corazon, se resolvió á volar á los combates, determinado á perder en ellos la vida, pues que perdió la esperanza de encontrar á Adelina.

XXXI.

Roldo, feliz sobre toda espresion, con haber salvado á Ombelina del inminente riesgo que habia corrido, queria, en el primer momento de su cólera, esperar en aquella misma estancia la vuelta de Mesalvo, confundirle con las justas reconvenciones que merecia, y amenazarle con la venganza del príncipe de Montalbano; pero reflexiones mas cuerdas le separaron de este proyecto: él estaba entonces solo con su pupila en el castillo de Montgiscard: era posible que el templario, llevando su cólera al extremo, y conociendo la ventaja que su poder le daba, se decidiese á hacerle prender, y acaso á in-

mólarle con Ombelina á fin de sepultar sin remedio en la tumba un secreto, cuya divulgacion tenia tantos motivos de temer: ademas, él no estaba solo en el castillo, y este golpe de escándalo hubiera comprometido el útimo reposo de una mujer á quien profesaba la mas alta veneracion.

Habiendo pesado alternativamente todas estas diversas maneras de obrar, tomó una pluma y trazó el billete que ya conocemos, y con el cual supo aterrar tan bien á Mesalvo. Hecho esto, rogó á Ombelina le siguiese, y saliendo por la galeria penetraron en un aposento inmediato, situado delante de la puerta del terrado, y al cual Jacobo llevaba todos los dias en secreto una cesta llena de provisiones. Roldo se aproximó á un tablazon de alerce preciosamente tallada, y habiéndola oprimido se introdujo en el muro, y descubrió una salita, en seguida de la cual los dos aventureros llegaron á otra mas vasta. Al entrar allí Ombelina oyó los dulces sonidos de un arpa, y recordó la música nocturna que en otra ocasion habia escuchado. Entorces comprendió que el músico seria el mismo, y que habia padecido un error en atribuir aquella armonia á los ángeles del cielo. Roldo deteniéndose á la puerta,

dió cinco golpes con algun intervalo de uno á otro; á esta señal cesaron los sonidos y se oyó aproximarse una persona para abrir. Roldo suplicó á su pupila se retirase á un lado, y entró solo en la última pieza. Ombelina durante el tiempo que permaneció sola se admiró de que hubiese quien voluntariamente habitase aquella triste morada, porque ella imaginaba que su tutor no retendria ningun recluso en semejante lugar: no tardó este en reunirse á ella y la introdujo en un oratorio que Ombelina reconoció al momento por ser el que ya habia visto en la época en que tratando de escaparse por los subterráneos, habia recorrido las diversas salidas de la escalera secreta que daba al gabinete de su estancia; pero cuál fué su asombro al distinguir una mujer de la mas hermosa presencia, y cuyo imponente aspecto inspiraba un respeto profundo! Todo en ella anunciaba un ser acostumbrado á las primeras dignidades de la tierra; empero veíase tambien que la elevacion de su rango no la habia puesto á cubierto de la desgracia. Las penas habian marchitado su semblante, apagado el fuego de sus soberbios ojos, y solo se conocia que habia sido hermosa en otro tiem-

po por los débiles restos que de aquella hermosura conservaba. Esta mujer no estaba ya en la primavera de la vida, parecia aproximarse al medio de su carrera, y su aire paciente, su vestido negro, su velo del mismo color sembrado de lágrimas, ofrecian á Ombelina el aspecto del fantasma que por dos veces la habia tan completamente atemorizado. Esta perfecta semejanza la causó un movimiento de turbacion que dominó sin embargo, y pareció sonrojarse de su terror: aquella dama adelantándose hácia ella la dijo:

—Y qué, tan jóven, noble señorita, habeis conocido ya la desgracia! Es posible que en todas partes se encuentren víctimas del gran prior del Temple y de su pérfido amigo! Sin duda que los que ruegan por ellos no merecen que el cielo los escuche, puesto que esos dos caballeros continúan entregados á sus desordenadas pasiones! Yo os felicito, sin embargo, de veros libre de ellos, y me lisonjeo poseeros en esta mansion, cuyo conocimiento les está negado, el tiempo suficiente para conoceros mejor, y apreciaros dignamente.

Ombelina respondió como mejor pudo á tan amables palabras, y la refirió brevemente su historia, sus sobresaltos y sus viajes por los

subterráneos del castillo. La desconocida la pidió perdon de haberla causado un susto tan natural, y confesó que ella era la que habia cantado la noche de la tempestad. No creia yo, añadió, que estuviese ocupado el aposento próximo, y esperaba que el silbido del huracan y el estampido de los truenos impedirian que mi voz fuese oida: tambien esplicó la aparicion en la estancia de Ombelina, refiriendo que habia subido á la cima de la torre para respirar un poco el aire saludable de la noche, y creyó abreviar su camino atravesando el pasadizo que daba á la escalerilla, y la estancia en que gemia la hospitalaria: en fin, cuando esta la habia visto subir de rodillas la misma escalera rezando los salmos de la penitencia, era para satisfacer unos votos que habia formado, y todas las noches, por espacio de ocho dias, repitió la misma ceremonia. Asi Ombelina vió desaparecer los prodigios que por tanto tiempo habian tenido fascinado su espíritu.

Luego que Marcelina echó de ver la rápida partida de Mesalvo, y la profunda desesperacion que en su semblante se retrataba, cuál fué su impaciencia por ver á Ombelina, no sabiendo á qué atribuir el viaje del templario, y viendo que tambien Marchesi acompañaba á su señor á Tolosa, con aire igual-

mente turbado y violento! Una siniestra sospecha germinó en su corazón. Subió, pues, la grande escalera con tanta ligereza cuanto su edad la permitia, y pasó á la sala de la audiencia.

— Qué es esto? dijo en alta voz. Con que ya no hay centinela? Seria posible que el crimen se hubiese consumado! detúvose para recobrar algun valor, y despues continuó su camino hácia la galería. Al llegar á la puerta de la estancia de Ombelina, llamó apresuradamente á la jóven, pero no obtuvo respuesta, y de nuevo vinieron á asaltarla las mas funestas ideas: llamando segunda vez, y viendo que sus gritos eran inútiles, se decidió á abrir lentamente, y sin entrar, dirigió una ojeada á la vasta habitacion... Estaba vacía!!!... Ombelina no estaba allí ya! Fué superior á sus fuerzas el llegar hasta el gabinete, y meneando la cabeza: esto es hecho! dijo, han enviado al cielo esa hermosa alma, no pudiendo esplicarse de otra manera la desaparicion de la hospitala, y el imprevisto viaje de Mesalvo y su escudero. A esta funesta conviccion un temblor de muerte se propagó por todos sus miembros, y abandonando la puerta, se retiró en silencio, sin atreverse á mirar al rededor de si. Al llegar á su cuarto encontró á su esposo dispuesto á

hacer su acostumbrada visita, y llevando ya la cesta de las provisiones.

— Adónde vais? le dijo; sereis bastante imprudente para dirigiros aun al lugar detestable de donde yo vengo? Ay de mí! no esperais, desdichado Jacobo (porque la noche está próxima) encontraros en presencia de un ejército de duendes y de demonios?

— Qué quereis decir? le replicó su marido, y qué nuevos terrores os estais forjando?

— Sabed, puesto que mi sola súplica no os separa de vuestros proyectos, sabed que un crimen abominable ha arrebatado la vida á esa jóven encerrada y confiada á miscuidados por el escudero Marchesi.

— Hé abí un anuncio bien espantoso! y cómo teneis la certidumbre de ese horrible asesinato? La habeis encontrado muerta?

— Ah Jacobo! qué pregunta me haceis! Si se me hubiese presentado semejante espectáculo, habria yo quedado para contároslo? El gran San Cipriano me preserve de semejante vista! pero es necesario ver todas las cosas para creerlas? no me basta la súbita partida del templario y de su criado? No he visto yo en sus pálidos semblantes la impresion de la consternacion y el remordimiento? No ha retirado, como ya inútil, el hombre que hacia centinela en el salon de la

audiencia? La estancia de la prisionera no estaba enteramente abierta, y su soledad no ha sino turbada sino por mi voz? En vano he llamado á esa desventurada, en vano esperaba su respuesta, mientras ella estaba ocupada delante del trono de Dios en pedirle el castigo de sus asesinos.

— Seguramente son esas cosas bien extraordinarias; pero yo no veo la prueba evidente de que haya perdido la vida: el templario se la habrá llevado consigo sin que vos lo hayais notado.

— No, Jacobo, no, yo os lo repito; no ha salido ella de estas altas murallas. Yo estaba en su habitacion esta mañana, cuando el templario, despues de haber mandado preso al valiente caballero d' Aurival, volvió allí. La rabia centelleaba en sus miradas; me mandó retirarme, y yo le obedeci, lentamente, habiendo tenido tiempo de oírle unas cosas!.... Ah! pobre vírgen! Tú has perecido queriendo defender tu honor, y desde esta noche me encomendaré á tu proteccion. Pero Jacobo, adónde vais? Os serán inútiles mis advertencias? No temeis que el espíritu de esa doncella ande vagando al rededor del lugar en que ha perdido la vida, hasta el dia de la venganza? Y pensais que él sabrá distinguir al inocente del culpable? Ah! yo os lo pido co-

no el último favor, no salgais de aquí esta noche. Y sabéis si el preso, á quien llevais esos alimentos, vive todavía? El señor Mesalvo acaso habrá querido deshacerse de los dos á un tiempo; y cuando penetreis en su estancia, no encontrareis mas que un cadáver ensangrentado, y los demonios jugando al rededor de él.

Mas en vano Marcelina trató de detener á su marido: contentóse este de aprovechar la ausencia de Mesalvo, curioso, además, de conocer la verdadera suerte de la huérfana, persistió en hacer su expedición acostumbrada, dejando á Marcelina desecha en lágrimas, implorando alternativamente toda la corte celestial: marchó pues, y llegó á la pieza en que estaba la puerta secreta que Roldo había abierto hacia algunas horas. Tocando igualmente el resorte, se introdujo en aquel oculto departamento del castillo, y su alegría fué estremada al distinguir á Ombelina al lado de la dama á quien venia á traer el alimento: manifestóla su admiración de encontrarla en aquel sitio, y la desconocida le confió una parte de lo que ya sabemos, con cuya lastimosa referencia le llenó alternativamente de sorpresa y de horror.

Sin embargo, mostrándose impaciente por ir á tranquilizar á Marcelina, obtuvo permiso

para ello y se retiró. De tan lejos como pudo distinguirle, y bien, Jacobo, le grita; le ha sucedido á tu prisionera como á la mia? No se ha asombrado tu vista con algun funesto espectáculo?

—Y qué dirás, Marcelina, cuando sepas que he visto á la señorita Ombelina, como ahora te veo á tí?

—Vamos, Jacobo, tú tienes gana de divertirme conmigo; pero si por tu desgracia esa desdichada doncella te se ha aparecido, á lo menos no la habrás tocado; un fantasma no se deja aproximar impunemente, y Dios es testigo de que si yo encontrase de esa manera un habitante del otro mundo, tendria mi muerte por segura.

—Puedo jurarte que ella no ha dejado aun este mundo, ni sufrido lo que tú pensabas.

—Pues dónde estaba escondida? Y por qué no me ha respondido cuando tan fuertemente la llamaba? No esperaba yo que se complaciese en causarme un susto tan terrible.

—Harias mal en acusarla, Marcelina, porque no podia oírte: un misterioso protector le habia procurado otro retiro, en que estaria á cubierto de las empresas criminales del templario, y donde ciertamente no tiene él

ni la voluntad, ni el poder de ir á buscarla.

—Ah, Jacobo, qué bien me has hecho! Pero no podría yo ver á esa querida jóven? Podrían desconfiar de mí los que la protegen?

—Nada de eso; yo he solicitado el permiso de que me acompañes allí y mañana te manifestaré una cosa que estás bien lejos de esperar, y que te hará ir ya sin temor alguno á todas partes en el castillo.

—Mucho me dices de una vez, y por cierto que si no me pruebas que estás en intimidad con los aparecidos que frecuentan esta morada, sobre todo con los benedictinos encerrados en sus sepulcros hace mas de un siglo, no conseguirás inspirarme mas valor; y ademas, aun cuando tú hubieses hecho un pacto con ellos, eso disminuiria poco mis temores; piensas tú que los muertos estén obligados á cumplir su palabra? y si se les antoja faltar á ella, pregunto, adónde vas á quejarte?

XXXII.

Ludovico de Montalbano estaba impaciente por volver á Tolosa: intereses demasiado queridos y no menos urgentes, le llamaban allí para decidirse á prolongar su mansion en el lugar en que se encontraba; instruido por el venerable Gilberto, del destino de la dama desconocida, oculta en el sombrío castillo de Montgiscard, deseó verla antes de su marcha. Roldo se habia comprometido á acompañarle, pero á la hora señalada no se presenta: impaciente Ludovico por ponerse en camino, temió perder un tiempo considerable en esperarle, y empeñó al benedictino á reemplazar al bandido. En esta circuns-

tancia Gilberto consintió en ello con satisfacción, y ambos se encaminaron por el subterráneo que desde el convento conducia á la fortaleza; el camino por donde iban á ver á la desconocida, aquellos sombríos pasadizos, aquellas bóvedas elevadas inspiraban al príncipe de Montalbano las mas lúgubres reflexiones.

Qué singular trastorno de principios! decia en su interior. Estos lugares que no deberian ser habitados sino por el crimen y servirle de refugio, ocultan ahora el infortunio y la virtud.

Entre tanto llegaron á la puerta del oratorio: á la seña de Gilberto, la desconocida vino á abrir y el religioso la dijo:

—Hé aquí, señora. una nueva victima del que ha causado todas vuestras desgracias: la Italia, como la Francia, ha visto sus excesos, sus odiosas pasiones, y por todas partes ha dejado el rastro sangriento de sus vicios. Como nosotros, el príncipe de Montalbano, tiene severas cuentas que pedirle: como: nosotros, instruido por nuestra sublime religion, desea mas bien la conversion del pecador que su perdicion eterna; pero ay de mí! cada dia parece alejarse mas de ella, y asi habeis renunciado á vuestros primeros proyectos, y estais resuelta á

abandonarle á sí mismo.

La desconocida á quien estas palabras habian hecho derramar algunas lágrimas, replicó con una voz dulce y grave, y sus mesuradas espresiones encerraban menos cólera contra d' Aigremont que compasion por su estado. Despues de una media hora de conversacion, Ludovico y el benedictino iban á despedirse, cuando se abrió una puerta y Ombelina dió un paso para entrar en el oratorio. A la vista de los dos estrangeros se detuvo é iba á retirarse; pero las graciosas formas de su rostro impresionaron á Montalbano hasta el fondo de su corazon, por los recuerdos que súbitamente le escitaron: no pudiendo dominar su curiosidad ni el sentimiento secreto que le impulsaba, se dirigió hácia Ombelina.

— Ah! señora, la dijo, perdonad mi indiscrecion en favor de la causa que la motiva: vuestras facciones me representan las de una mujer tiernamente amada, que un digno amigo del gran prior del Temple arrancó á mi ternura: ella tenia entonces vuestra edad, vos poseeis su belleza, y todo me anuncia que sus virtudes os son tambien comunes. (*Despues dirigiéndose á la dama desconocida*) señora, seria exigir demasiado de vos el preguntaros el lugar del nacimiento de esta

hermosa jóven, y el nombre de sus padres? Tendria tambien que quejarse de nuestro comun perseguidor?

La señora á quien Roldo nada habia ocultado, gozosa interiormente de la tierna escena que se preparaba, le contestó: sois muy dueño, príncipe, de satisfacer vuestros deseos, yo conozco hace muy poco tiempo á esta preciosa criatura, cuya fisonomia os ha chocado; pero sin indiscrecion podeis interrogarla á ella misma.

Al título de príncipe que la desconocida dió al que acababa de hablar, Ombelina se sintió tambien conmovida: el recuerdo de las revelaciones de Roldo, la hirió súbitamente, y una voz interior la dijo que acaso estaba en presencia de su padre. Esta idea la hizo cambiar alternativamente de color, y no pudo responder sin turbacion á la pregunta de Ludovico de si habia nacido en Francia.

—No señor respondió, no he recibido la vida en este pais, mis padres eran de Venecia, y en aquella ciudad ví la luz primera.

—Señora, replicó Ludovico asombrado, no me faltaba mas que oiros para arrojarme en mayores confusiones. Si, sois la semejanza perfecta de la mujer que no ceso de llorar, vuestra voz es tambien la suya, y teneis la misma patria. Ah! por favor, poned término

á mi ansiedad, pronunciad el nombre de vuestros padres.

Ombelina no dudó ya estar en presencia del príncipe de Montalbano, y abandonándose á su justa ternura:—Mi madre, dijo, se llamaba Laurencia Loredani, y mi padre....

—Basta! exclamó Montalbano con un gozo sinigual, no necesito mas. Ah! señora, si alguna vez se os ha hablado de vuestro padre, no se ha podido espresaros dignamente su amor: él desea probároslo, Ombelina, hija mia! ven á sus brazos abiertos para tí, y que desean estrecharte á su corazon.

Aunque un poco prevista de una y otra parte, esta escena fué de las mas tiernas. Montalbano y Ombelina se abandonaron á la mas pura alegría, de la que participaron vivamente los que eran espectadores de ella. Gilberto y la señora desconocida admiraron en esta ocasion la poderosa mano de la Providencia, que de los mismos planes de los malvados habia hecho nacer el único medio de reunir una familia que parecia separada para siempre. El príncipe, arrebatado de su regocijo, no podia separarse de su hija. multiplicaba sus preguntas, se estremecia al conocimiento de los peligros que habia corrido, y enfurescido contra Mesalvo, su in-

digno cuñado, se proponia tomar de él una venganza tan singular como ruidosa.

Un extremo dolor le afligió despues, cuando Ombelina le enseñó el retrato de su madre: él no habia podido procurarse este consuelo, porque no existiendo otro retrato que aquel de la madre de Ombelina, no le habia sido posible trazar las formas de aquel rostro adorado. Mas adelante veremos cómo habia caido en poder de Roldo.

Los deseos de Ludovico de volver á Tolosa se suspendieron algun tanto con el venturoso encuentro que acababa de tener: alarmándose su ternura, le hacia temer por su hija mas que por él, los últimos rasgos de la perversidad de Loredani Propúsose, pues, no presentarla en público antes de haber desterrado al templario de Francia, y por consiguiente se decidió á dejarla aun por algun tiempo con la dama desconocida: ademas, acababa de saberse que los ingleses, poniendo término á su indecision, habian declarado abiertamente la guerra, y que un fuerte ejército mandado por el captal de Busetr, abanzaba rápidamente por la orilla izquierda del Garona. Roldo le notició ademas la partida de d' Aigremont para el ejército; no dudando que Mesalvo habria seguido á su gefe.

Roldo recibió nuevas manifestaciones del

reconocimiento de Montalbano, y este príncipe, con los otros personajes á quienes el bandido habia hecho tanto bien, hicieron todos sus esfuerzos para empeñarle á dejar su horrible profesion en que persistia queriendo vivir.

Las súplicas que se le dirijian le conmovian muy débilmente; pero en fin, su endurecido corazon no pudo resistir mas largo tiempo á las cariñosas instancias de Ombelina, que obtuvo de él la solemne promesa de emprender una vida mejor. Empero, aplazó el momento de su conversion á aquel en que d' Aigremont y Mesalvo hubiesen recibido del cielo el castigo de sus crímenes, é interiormente se juró á sí mismo tomar este cuidado, si la Providencia le retardaba algun tiempo.

Hacia algunos dias que, á consecuencia de una cuestion con su teniente Peraldo, este, temiendo su cólera, se habia fugado, llevando consigo los seis bandidos mas feroces y determinados, anunciando el proyecto de trabajar por su cuenta, y de ir á devastar los paises situados á la izquierda de Garona, al mismo tiempo que iban á ser el triste teatro de la guerra.

Roldo no habia mirado con buenos ojos esta separacion; pero no habia podido impedirlo.

Sospechando á Peraldo en relaciones mas intimas con los templarios, convencido que una union semejante no podia tener otro objeto que la perdicion de sus amigos, resolvió vigilar atentamente todos los pasos de Mesalvo y del gran prior. Tenia todavia en subanda cuatro hombres con los euales podia contar como consigo mismo, y le parecieron útiles á sus proyectos: en consecuencia les ordenó fingir que le abandonaban tambien é ir á incorporarse en la partida de Peraldo, prometiéndoles inmensas recompensas, y queriendo que para merecerlas, hiciesen todos sus esfuerzos á fin de burlar las empresas de su nuevo capitan, cuando no tuviesen por objeto los pillajes ordinarios á que estaban acostumbrados: los cuatro bandidos se lo prometieron solemnemente, y en lo sucesivo veremos si fueron fieles á sus empeños.

El principe de Montalbano, convencido de que no encontraria en Tolosa á d' Aigremont ni Loredani, consintió en permanecer aun en las cercanias de Montgiscard, hasta la época en que, rechazada la invasion de los enemigos, los templarios se restituyesen á su ordinaria morada, porque queria absolutamente tener una solemne y última entrevista con ellos.

Este tiempo, pasado casi siempre con su hija, no le parecía largo. Esta, á los sentimientos de ternura filial, mezclaba algunas veces otros, inspirados por un amor violento. Acordábase de d' Aurival, lloraba la ausencia de este amable caballero, y frecuentemente no podia contener sus suspiros, pensando que acaso estaba cargado de cadenas, y sepultado en una horrible prision de que ella no podia libertarle.



XXXIII.

La rápida marcha del ejército inglés le había ya introducido en territorio francés, cuando el mariscal de Mesle hubo reunido sus fuerzas, y estuvo en disposición de marchar á su encuentro: á pesar de su celeridad y de la impaciencia en que las tropas francesas estaban por combatir, no pudo impedir que los enemigos avanzasen hasta Beaumont de Lomagne; pero se presentó allí á tiempo para defender el paso de Garona; y las sabias po-

siciones que tomó el día de su llegada suspendieron el arrojó de los ingleses, y les hicieron conocer que no sería fácil desalojar al mariscal del ventajoso puesto que habia ocupado.

En el ejército francés se encontraban el marqués de Levis y el trovador Arnaud Vidal: este habia tenido que sostener violentos combates para alejarse de Odila; pero el deber hablaba, y Vidal no sabia desobedecerle. Una multitud de langüedocianos ilustres, todos barones y señores en aquellas ricas comarcas, se presentaron tambien á la cabeza de sus hombres de armas. El señor Durfort parecia el primero, llevando sobre su escudo cuartelado y esmaltado de plata y gules, una banda azul y un leon de plata.

Su aspecto era altivo; prometiase salir victorioso, y los numerosos despojos que adornaban el antiguo castillo de sus padres, eran fieles testimonios de que sabia cumplir sus promesas.

Despues de él marchaba á la cabeza de una fuerte columna, Pons de Thesán: su bandera cuadrada está cuartelada de oro y de gules, y cruzada por una banda azul. En seguida de este, se hacia notar el marqués de Verdalles por su aventajada estatura, su numeroso escuadron y su escudo de gules, en

que ostentaba el lobo rapante, de plata, emblema de su ilustre raza.

Un batallon, formidable por su valor y célebre por la nobleza de los caballeros que le componian, constituia la parte del ejército: veíanse en él á Raimundo de Roaix, Francisco de Gaura, José de Lonvrens, Pedro Maurand, Guillermo de Garrigú, Arnaldo de Joannis, Felistort de Castelnaud, Bertran du Pujet, Bernardo de Fontanes, Guillermo de Ademar, Pedro de Noailles, Mancip de Tolosa, Raimundo de Barravi, Hugo de Palais, Raimundo de Isalguier, Paul de Rosel, Felipe de Lastours, Bertrand Othon de Lauttee, Vital de Blazins (1) y multitud de otros igualmente célebres y no menos ilustres.

Los caballeros del Temple habian llevado tambien lo selecto de su famosa órden militar: Antonio d' Aigremont, gran prior, estaba á su frente: Mesalvo le seguia, vigilando

(1) La mayor parte de estas ilustres casas, y de las que hablaremos mas adelante, se han estinguido ya: las que quedan aun son tambien en nuestros dias el honor del Langüedoc, que las ha visto en todos tiempos hacerse célebres por grandes servicios y elevadas virtudes.

cuidadosamente á Olderico de Montaut, destinado á la secreta venganza de d' Aigremont. Con ellos se veian á Oger de Mota, Orens de Saint Hars, el señor de Escalguens, Mauricio d' Esquillot, Othon de Polastu, Blas de Isalguier, Carlos de Rabastein Luis de Gamexille, todos intrépidos guerreros, acreditados por una infinidad de acciones brillantes.

La órden de san Juan de Jerusalem tampoco habia faltado en aquella ocasion á enviar los mas nobles de sus caballeros: el comendador Germana de Catdan los conducia á la victoria: Roger, Duranti, Nogaret, Humand de Lanta, Juan de Goirans, los Borrasols, los Roquemaurel, los Puibusque, los d' Aurival, los Beauvois, los Varagne, los Valiech, los Mariotte, los Daffis, los Sabrau, acababan de completar esta sin igual reunion; y el mariscal de Mesle estaba seguro del éxito, cada vez que veia agruparse en torno suyo aquella multitud belicosa, de la que, cada miembro era un héroe, todos animados del mismo celo, y arrojando el mismo grito de «*Viva el rey, muerte á los ingleses, y gloria á la Francia!*»

Todos aquellos generosos adalides, profesaban á Arnaud Vidal una particular amistad; gustaban de oír sus cánticos y repetirlos en coro. Uno, sobre todo, tenia el don de agra-

Charles, y vamos á producir aqui una débil imitacion de él.

El valiente Ogiero.

Era la noche y el valiente Ogiero,
el paladin, de Carlo-Magno amigo,
en vano busca hospitalario abrigo
contra el fuerte huracan y el aguacero.
Huye de la tormenta temeroso,
sin que esto mengüe su valorguerrero,
reservando á peligro mas glorioso
su noble esfuerzo el valeroso Ogiero.

Un castillo sombrío y arruinado
se ofrece en fin á su mirar ansioso,
cuyo aspecto funesto y silencioso,
llenára de pavor al mas osado.
No asusta sin embargo al caballero,
y penetrando en su recinto helado
á un salon solitario y enlutado
llega por fin el valeroso Ogiero.

Fantasmas y demonios horrorosos
encuentra el paladin do quier que mira,
iluminadas por funesta pira
que figura sus rasgos mas odiosos.
Una campana escucha el viajero
y un grito de venganza le sucede;

mas esto ni el infierno admirar puede
ni conmovér al valeroso Ogiero.

Pero de pronto una beldad divina
se presenta á su vista y le enagena
con su mirada de dulzura liena,
su esbelto talle y tez alabastrina.

Todo en ella seduce al caballero,
su linda boca, su virginea frente,
y por primera vez su pecho siente
latir con fuerza el valeroso Ogiero.

«Para arrancarme á esa fatal morada,
le dice la hermosura que le hechiza,
por doce veces en cerrada liza
á amor ha de vencer tu fuerte espada.»

Al oír el intrépido guerrero
proponerle un combate semejante,
al cielo pide que en aquel instante
no desmienta su fama el bravo Ogiero.

El malicioso amor, sin mas tardanza
sonriéndose salta la barrera,
el paladín desciende á la carrera
y doce veces la victoria alcanza.

Conseguido este triunfo lisonjero,
si debemos dar crédito á la historia,
otras hermosas, con la misma gloria
la sien ornaron del valiente Ogiero.

En tanto que la alegría presidia en el ban-
quete improvisado en que se cantaba este ro-

mance, un rumor confuso llegó á los oídos de nuestros caballeros. Calló el arpa, y el momentáneo silencio que siguió, fué turbado por los gritos de *Traicion! Francia! á las armas!...* Todos corrieron á ellas, y de amables convidados iban á convertirse en formidables guerreros.

Mejor servido por sus espías, que el mariscal de Mesle por los suyos, el caudillo inglés Busch, habia formado el proyecto de sorprender á los franceses, y aprovechando el silencio de la noche, avanzaba resueltamente, lisonjeándose no encontrar obstáculos á su victoria.

De súbito, como antes hemos dicho, se levantan en medio de las tinieblas los acentos del terror, y se ve parecer el ejército inglés, que despues de haber sorprendido y degollado los primeros centinelas, se adelantaba rápidamente. Su vanguardia era conducida por el conde de Northumberland, presuntuoso caballero, difícil de igualar en orgullo y audacia. Una corona de oro, enriquecida de perlas ceñia su casco, y llevaba por divisa en su escudo un *Titan* lanzando contra el cielo una enorme roca, su mano derecha hacia blandir su espada, siempre teñida en la sangre de los mas valientes, y su izquierda arrojaba las llamas de una au-

torcha de resina, con que queria incendiar las tiendas del campamento francés.

En pos de él se precipitaba una multitud numerosa, aguerrida en los peligros, y acostumbrada á arrollarlo todo bajo el mando de semejante gefe. Impaciente por destruir los mas sólidos atrincheramientos de la Francia, derriba los primeros guerreros que quieren resistirle. Ducrós, Morlanes son heridos casi á un mismo tiempo. Los enemigos lanzan un grito de alegría á este siniestro presagio, y el campo es atacado simultáneamente por todas partes. Arrójanse unos contra otros, combátese cuerpo á cuerpo; los escudos chocan con los escudos, las espadas siembran por do quier la muerte, y los cascos saltan en fragmentos cual si fuesen de vidrio. Horrorosos rugidos pueblan los aires, vencidos y vencedores se oprimen, se confunden: óyense en un horrible conjunto los gritos de la muerte y los cánticos de la victoria.

Los franceses, empero, se abrasan por reparar su ligera desventaja. Restrand de Saint Pierre ha sido el primero en herir. Donglas, un hijo del duque de este nombre, cae bajo sus golpes. El valiente Othon de Lauttee alcanza á un feroz escocés, que habia ofrecido á su querida llevarla un caballero francés para servirla de esclavo; pero nõ cumplirá su

promesa: la aguda lanza de Othon atraviesa su pecho, y espira sofocado por las ondas de su negra y espesa sangre.

Allí Nogaret combate contra Talbet. Las-tours derriba á Oddonelle Isalguier, Mau-raad y Polastres avanzan de frente como tres horribles meteoros, y todo desaparece delante de ellos. El noble Moeross, el jóven Olivier, el soberbio Nevil, el sombrío Clarence, les disputan en vano la victoria: ceden, pero su muerte es gloriosa, porque si han sucumbido ha sido bajo valientes como ellos.

Pero quién podría referir los altos hechos con que se señala el marqués de Levis, seguido de Arnaud Vidal, y del escudero que tremola en los aires su gloriosa bandera? El siembra la tierra de muertos, y estos dos amigos se disputan la intrepidez y el triunfo.

Northumberland oye el rumor de sus soldados despavoridos; sabe que Gloucester no existe ya; que Svillington su amigo, ha terminado su carrera: que Edmundo, Montgomery, Stevil Bornon, Barimose han sufrido la misma suerte, y cada vez que pregunta el nombre del caballero en quien debe tomar venganza de tantos valientes, le responden Levis!! Levis!! y este nombre odioso le importuna, y por todas partes busca al que le lleva.

Llega en fin, á un lugar en que la pelea menos confusa, le permite distinguir al sombrío resplandor del incendio, un formidable guerrero, ante quien todos huyen ó sucumben: interroga su escudo, y el campo de oro cargado de los tres xebrones negros le dice que ha encontrado al que contanta impaciencia buscaba.

El noble Adolfo ha reconocido también á Northumberland en su orgullosa divisa: quiere prevenirle, y arroja contra él su terrible lanza, que se hace astillas en el escudo del caballero: este á su vez asiendo su espada con las dos manos, dirige un terrible golpe sobre el casco de Adolfo; pero este golpe es tan pronto parado como advertido. Entonces se empeña una violenta lucha; á pesar de su indomable valor, Northumberland rueda sobre la arena; á la voz de Adolfo van á cargarle de cadenas; pero este altivo guerrero no puede resolverse á sufrirlas: se reanima, su valor le restituye sus fueraas, y abatido como está, disputa aun la victoria: pero Levis la desprecia desde que su enemigo ya no puede oponerle una defensa digna, y abandonándole á sus soldados, prosigue en otra parte el curso de sus sucesos.

La caída de Northumberland decidió la suerte de la batalla. El caudillo Busch, vien-

do la desventaja de sus tropas, se limitó á sostener la retirada, y entró en buen orden en la ciudad de Beaumont, donde los franceses no se atrevieron á estrecharle.

El honor principal de esta jornada pertenecia, sin disputa, al marqués de Levis; ninguno podia pretender igualarle, y la derrota del feroz Northumberland, acabó de poner el sello á su reputacion.

Tanta gloria importunaba al gran prior del Temple, que estaba muy lejos de haberse señalado igualmente: sus soldados habian atacado con estremada flojedad, y si algunos caballeros habian hecho su deber, el mayor número parecia haberse batido con los ingleses á su pesar. Pero aunque ya con su conducta en esta circunstancia, d' Aigremont hubiese servido tambien á Eduardo, por una notable singularidad estaba celoso de los laureles merecidos por el amante de Elfegia, y hubiera querido poder arrancarle la vida, ó al menos hacerle un objeto de desprecio á los ojos de los valientes.

Al mismo tiempo recibió una carta de Tolosa, que seguramente debió traerle noticias desagradables, porque despues de haberla leído con estremada atencion, se entregó á una cólera tan violenta, que llenó de espanto aun al mismo Mesalvo.

Apresuróse este á preguntarle la causa, y el gran prior, sin responderle, le puso á la vista el escrito que habia motivado su furor. El pérfido italiano participó de él vivamente, y se estremeció con la idea de que el compromiso en que d' Aigremont iba á encontrarse, le impediría acaso protegerle eficazmente contra las persecuciones de Ludovico de Montalbano.

Ah! cuánto deploraron los dos entonces su debilidad, que les habia impedido perpetrar un último crimen, único medio que hubiera podido libertarlos de los castigos que por los primeros tenían tan justamente merecidos! En fin d' Aigremont, saliendo de su profunda cavilacion, preguntó si Peraldo estaba de vuelta, y si de nuevo podrian fiarse de él.

—Es nuestro, replicó Mesalvo, por todos conceptos; teniendo que temer la venganza del pérfido Roldo, nuestra causa se ha identificado con la suya, y podemos emplearle sin temor de que venda unos intereses de los que pende su fortuna y su seguridad.

D' Aigremont pareció satisfecho con esta respuesta, y salió un momento para el alojamiento del mariscal de Francia Foncaud de Mesle, donde se reunian todos los caba-

Peros del ejército.

El mariscal acababa tambien de recibir pliegos de París, y sin dar á conocer su contenido, anunció á los diversos gefes de que estaba rodeado, que en aquella misma noche dejaba el mando del ejército y marchaba á la capital, segun órden del monarca, que queria emplearle por la parte de la Normandía y la Bretaña.

La sorpresa fué universal al oír hablar de aquel modo al mariscal de Mesle; pero la alegría del gran prior del Temple fué generalmente observada, cuando el mariscal volviéndose á él:

—Señor d' Aigremont, le dijo: obligado á dirigirme donde mi deber me llama, me veo en el caso de designar mi sucesor. El rango ilustre á que perteneceis, el valor que os distingue y vuestra elevada esperiencia, os aseguran mi eleccion; á vos pues nombro para mandar en mi lugar, persuadido de que no puedo elegir mejor.

El templario se deshizo en demostraciones de agradecimiento, y en medio de su regocijo, sus ojos fueron alternativamente á buscar al marqués de Levis y á Mesalvo. El trovador Arnaud Vidal que le observaba, no tuvo dificultad en reconocer el genero de mirada que acababa de dirigir sobre su ami-

go, y se estremeció, sobre todo al reflexionar que d' Aigremont como gefe del ejército podía tener derecho á la obediencia de Adolfo, y encontrar medios de obligar á este á faltar á ella.

Desde este momento el mando de las tropas pasó todo entero á las manos del gran prior del Temple, y el mariscal despues de despedirse de los diversos capitanes, partió á la media noche.

El dia siguiente, entanto que se pasaba una revista general á las tropas, un heraldo revestido de los colores del nuevo general, anunció en voz alta que desde aquel momento quedaba prohibido á todo gefe ausentarse del campo sin obtener antes permiso para ello.

Esta singular declaracion admiró principalmente al trovador, y siempre acostumbrado á interpretar desfavorablemente las acciones del templario, no juzgó mejor esta última, imaginando que podia ocultar un lazo tendido al marqués de Levis.

En la misma tarde al anochecer se tuvo un consejo, y con la noticia de que los enemigos debian recibir próximos refuerzos, se resolvió dar una batalla decisiva á fin de asegurar el éxito de la campaña. Obrando con esta prontitud, d' Aigremont vendia su pais,

porque tambien estaba instruido de la llegada de un cuerpo considerable de tropas francesas, y queria atacar al enemigo antes de reunir estas numerosas fuerzas, que hubieran decidido indudablemente la victoria.

A la salida del consejo, el marqués de Levis acompañó á su tienda al gran prior de la órden de san Juan de Jerusalem, con quien tenia intimas relaciones de amistad, y habiendo cenado con él, pensó retirarse á la media noche, á fin de dormir un poco antes de la venida de la aurora.

Al dirigirse á su tienda, pensando en Elfeigia, siempre presente á su memoria, un caballero se aproximó á él, y habiéndole tropezado con fuerza, le mandó imperiosamente cederle el paso. El insulto era demasiado discreto y grosero para disimularlo; y aunque Levis estuviese solo, y sin otra luz que la claridad de la luna, no tardó en poner mano á la espada, y pedir al caballero pronta satisfaccion de su agresion insolente; pero aquel adversario le replicó con frialdad, que si el señor Levis tenia deseo de batirse no lo manifestaba mucho, queriendo medir su espada imprudentemente, en un campo donde no faltaria quien los separase.

—Seguidme, pues, fuera de aqui; exclamó

Adolfo, centelleándole los ojos, y abandonándose á un extremo furor.

—Seguramente, le respondió el agresor, estoy pronto á seguiros, y detrás de esas ruinas que se advierten á este lado, podremos, vos tratar de vengaros, y yo sostener una injuria que repetiría de nuevo si fuese necesario.

Ah! sin duda era demasiado para exasperar á Levis: ardiendo en cólera, respondió con una voz de trueno:

—No, no repetiréis ese ultraje ni ser alguno viviente podrá alabarse de haberme insultado.

Dice y vuela, mas bien que marcha, hácia el lugar indicado: su adversario le sigue de cerca. Despues de haber pasado los límites del campo, y escapado á los centinelas sorprendidos de ver dos caballeros, que ambos les dan el santo y seña, salir á una hora tan indebida, llegan despues de algunos minutos al pie de la colina, sobre la cual se descubren las ruinas que deben ser el campo de su sangriento combate. Ni uno ni otro rompe el silencio: demasiados pensamientos los ocupan, y no menos furor los arrastra. Llegan en fin al patio de un antiguo castillo, y Levis se detiene, creyendo inútil ir mas adelante.

—Un poco mas, le dijo su adversario, y

vamos á encontrarnos en un lugar favorable.

Levis le cree y prosigue: en efecto, se encuentran en una pequeña plaza aislada, y desembarazada de los infinitos escombros de que estaban sembrados los alrededores.

Allí terminan su expedición: el caballero desconocido saca su espada; Levis hace otro tanto, se pone en guardia, y dá una patada en el suelo; pero como si la tierra hubiera respondido á aquel llamamiento, se entreabre, se hunde el piso y le precipita en un espacio profundo revestido por todos lados de esas paredes.



XXXIV.

La caída fué rápida, pero la estrechez del lugar en que cayó le hizo mantenerse de pié, quedando aturdido solo por un momento. Su pérfido adversario aproximándose al borde del pozo, porque lo era en efecto, le gritó:

—Caballero Levis, ya estais en vuestra última morada: encomendad vuestra alma á Dios, porque no volveréis á salir de ese sepulcro que va á cerrarse sobre vos sin remedio.

Estas crudas palabras confundieron á Adolfo: estremeciósse por de pronto; pero recobrando bien pronto su paz interior, hizo la señal de la cruz, y sin responder á su ase-

sino, elevó su alma á Dios: al valor de entonces no le faltaban las luces de la religion, y el del marqués veia que en su posicion sólo Dios podia socorrerle. Y como si la piedad debiese tener una pronta recompensa, distinguió á su lado á la claridad de la luna, como la abertura de una bóveda, hácia la cual se arrastró, aunque muy débil aun. Apenas se separaba del hueco del pozo, cuando oyó un ruido espantoso; levantó la vista, y vió que su adversario acompañado de otros miserables como él, arrojaban una multitud de piedras enormes, bajo las cuales se lisonjeaban sepultarle: pero el cielo no permitió el cumplimiento de esta criminal esperanza.

Algunos guijarros, rodando hasta los pies de Levis, le obligaron á retirarse un poco, y le empeñaron á avanzar en el subterráneo en que se encontraba entonces, y que parecia elevarse por una pendiente insensible: caminaba lentamente sondeando delante de si el terreno con su espada, que felizmente no se habia roto, y tropezó al fin con una escalera que principió á subir con la misma precaucion. Llegado á los últimos escalones, distinguió delante de si á alguna distancia, como una fantasma inmóvil iluminada por una luz pálida, que no permitia contemplar todas sus estrañas formas.

El marqués de Levis era valiente; pero la vista de un aparecido debia necesariamente turbarle en una época en que se creia que los espíritus del otro mundo tenian un maligno placer en venir á asustarnos en este. Viendo, sin embargo, que aquel objeto conservaba una constante inmovilidad, se aproximó á él, y de mas cerca, reconoció con tanta sorpresa como alegría, que lo que él habia tomado por una vision, era el efecto de los rayos de la luna, que penetraban por una tronera, y daban en la pared, blanca aun en algunos parages. Este aspecto, volviéndole toda su esperanza de escapar á la muerte horrible que hasta aquel momento le habia parecido tan inevitable, le restituyó tambien toda la energia; y desde entonces principió á creer que el angel, cuya poderosa proteccion acababa de experimentar, queria en adelante confiarle á él mismo el interés de su seguridad.

Satisfecho sobremanera en su nueva posicion, se sentó un momento sobre los últimos escalones, para acabar de salir del abatimiento que le habia casi anonadado en el momento de su caida, y que habian aumentado las horribles palabras del desleal caballero con quien pensaba haberse batido.

En tanto que recogido en sí mismo se acordaba de su Élfegia, en la cual hasta aque

momento no se habia atrevido á pensar, un rumor confuso, aunque muy distante, llegó á sus oídos: escuchó con mayor atención, y bien pronto los rumores fueron mas fuertes, mezclándose á ellos algunos gemidos. No dudó ya que aquel lugar encerraba malhechores y desgraciados, y juró castigar á los unos y socorrer á los otros si le era posible. Encontrábase en aquel instante en un pasadizo estrecho, débilmente iluminado por el astro de la noche, cuya claridad penetraba por aberturas practicadas á largas distancias: á su extremo se halló con una puerta de piedra que giraba sobre su eje de hierro, y que en aquel momento se encontraba entreabierta. El caballero vió en esto una nueva prueba de la proteccion divina, porque si hubiese estado naturalmente cerrada, no era fácil hubiese descubierto el resorte que la hacia mover.

Fuera de aquel desfiladero, llegó á una vasta pieza abovedada: grandes ventanas ogivas dejaban penetrar en ella libremente la luz; pero estaban cruzadas por fuertes barras de hierro.

Al aproximarse á examinarlas, distinguió Lévis en un pequeño patio al cual daban, un hombre de atroz fisonomía, que con un farol en la mano abria una puerta inmediata. El

aposento en que entró era un piso bajo levantado solamente por dos escalones: allí permaneció poco y volvió á salir con unacesta que parecia llena, atravesó de nuevo el patio, y desapareció por otra salida, subiendo al parecer una escalera, porque la luz de su farol brillaba de tiempo en tiempo por las numerosas hendiduras de la muralla.

A este tiempo se hizo oír un nuevo gemido, y ya sabemos por qué súbita inspiracion Adolfo creyó reconocer la voz que le profesaria. Altamente sorprendido de semejante maravilla, y mas animado por lo mismo á combatir á los bandidos, si llegaba á verlos, examinó atentamente su armadura para cerciorarse de si estaba en buen estado: el casco, la coraza, los brazaletes, todo estaba sólidamente sujeto, y apenas abollado en dos ó tres parages, á consecuencia de la caída: su espada no se habia separado de su mano y su blasonado escudo pendia de su brazo izquierdo. Hacia muchos dias que todos los caballeros permanecian constantemente revestidos de sus arneses militares, para estar prontos á una sorpresa de parte del enemigo.

Adolfo en este estado, hubiera desafiado á un escuadron entero; con mas poderosa razon se lisonjeara de combatir con ventaja con

algunos bandidos, cuyo número no podía ser considerable.

El silencio que le rodeaba fué interrumpido por quejas mal articuladas, pronunciadas en un aposento inmediato: el caballero creyó que era tiempo de dar principio á su empresa, pero al ir á salir por una puerta que daba á una galería, oyó pasos en ella, y despues de una exclamacion sobre el descuido de un bandido á quien llamó Gerno, el que hablaba empujó la puerta y la cerró con dos vueltas de llave, con tal prontitud, que el marqués no tuvo lugar de evitarlo.

Confundido con este acontecimiento que desbarataba todos sus proyectos, esperó, sin embargo, la retirada, de que así acababa de sorprenderles y examinó la puerta, que con gran pesar encontró de una solidez á toda prueba. Anchas hojas de hierro la defendian por el exterior, y sin duda se prolongaban al otro lado: los enormes goznes que le fijaban á la pared, permitian poca esperanza de poder arrancarlos.

Bien convencido de que no saldria fácilmente de aquella pieza, Adolfo se aproximó á la ventana con el objeto de ver lo que pasaba en el patio: mientras apoyado contra los hierros buscaba un alimento á la curiosidad, le hirió el recuerdo de que al levantarse la

aurora debía darse la señal de una batalla decisiva. Recordó también el bando del gran prior del Temple, del general en jefe del ejército, y se estremeció con la idea de la afrenta que le estaba reservada, si no podía, á tiempo útil, volver á entrar en el campo. Qué sospechas no se suscitarían contra él! Vería proclamado su deshonor? no se le acusaría de haber buido en el momento del peligro? convencido de haber quebrantado la orden de d^e Aigremont, no sería sometido á un infame castigo?

Estas siniestras ideas pusieron el colmo á su desesperacion. Felizmente pensaba al mismo tiempo en la poca distancia que le separaba del campo, y en la posibilidad de estar de vuelta en él bastante pronto para ocultar su ausencia, si conseguía librarse de la especie de prision en que estaba retenido.

En aquel momento uno de los malhechores llamó por dos veces á otro de sus compañeros, y habiéndole este respondido:

—Y bien! dijo el primero, me parece que hemos empleado hábilmente la noche, y seguramente los que nos han hecho trabajar no tendrán que quejarse de nuestra destreza.

—No por eso seremos mejor pagados, replicó el otro, y Peraldo percibirá él solo

una suma mayor que todos nosotros juntos, aunque no hemos hecho menos que él; pero es el gefe, manda, y nosotros ejecutamos, le pagan y retiene la mejor parte para sí, esto tambien es natural.

Por esta vez él se alabará de haberlo hecho todo; y ciertamente era menester tener una audacia extraordinaria para atreverse á desafiar al marqués de Levis y atraerle á este lugar. Pardiez! Sabes tú que yo temblaba con toda mi alma que descubriese el lazo que se le tendia, y que entonces nos hubiera abierto en canal? porque aunque éramos muchos, yo no sé lo que habria sucedido.

—A fé mia! ahora no le será fácil combatir: hemos colmado el pozo de piedras y vuelto á colocar la losa que le cubria. Bah! no se encontrarán en mucho tiempo sus huesos, á menos que él mismo en persona no venga á anunciar el lugar en que están sepultados.

—Sabes, brazo de hierro, que es sin embargo una cosa cruel haberle dado semejante muerte? Caer allí, y perecer sin confesion!

—Ah! tú eres un collon, amigo mio; por qué hablas tú de penitencia?

—Ni mas ni menos que tú, que no crees en nada, y que una mañana temprano vendrá

Satanás y te cogerá de enmedio de nosotros sin mas cumplimientos.

Unos prolongados gemidos que conmovieron á Adolfo, llamaron la atención de los bandidos.

— Oyes, Roberto, dijo uno de los interlocutores; los pájaros parece que se quejan en su jaula: con mil demonios! esa sí que ha sido una buena presa: tambien nos valdrá mas que la muerte del señor de Levis. Yo creí que el capitan se moria de alegría, cuando supo la importancia de la caza que con tanta confianza habia venido á entregarse en nuestras manos.

— Sabes, brazo de hierro, quién puedan ser esas mujeres?

La respuesta fué en voz baja: Levis, sin embargo, creyó haber oido pronunciar el nombre de d' Auvilliers, y se estremeció: desechando en seguida esta idea, no pudo figurarse que Elfegia, habiendo salido del convento de Tolosa, se encontrase cerca de Beaumont de Lomague en un antiguo castillo. Empero á pesar de la poca apariencia de que esto hubiese sucedido, permaneció preocupado, y en su impaciencia se aproximó á la puerta. Por esta vez olvidó el andar con tiento y pudo oirse el ruido de sus pasos. Los bandidos que estaban en el patio se interrumpieron,

y levantando los ojos:—Yo creo, Dios me perdone, dijo brazo de hierro, que se mueven los antiguos trastos de esa pieza, y á la claridad de la luna me ha parecido ya dos ó tres veces, ver brillar como una armadura.

—Cállate, replicó su compañero, y no engas gana de burlas: ya sabes lo que sucede en esa sala, y que mas de una vez hemos encontrado levantada la trampa colocada bajo la segunda ventana, que da á la escalerilla arruinada. Por lo mismo he dicho frecuentemente al capitán que no hacia bien en habitar estas malditas ruinas, donde los aparecidos gustan de presentarse.

—Maldito collon! todo te asusta: pues mira, ves aquel casco adornado de plumas amarillas y negras? Ciertamente, es igual al del marqués de Levis.

—Yo espero que no, exclamó Roberto temblando: estaria ya su alma juzgada, y principiaria el tiempo de su penitencia?

—Ya no veo yo nada; vamos, mis ojos se han engañado.

—Los míos no, yo te lo aseguro: pero que la Trinidad nos proteja! Qué brazo armado de una espada es aquel que pasa por entre los hierros? Brazo de hierro, aquí no estamos bien; vamos á reunirnos á nuestros

camaradas.

—Si, vamos á buscarlos; lo que he visto no tiene ejemplo; pero al amanecer yo registraré esa sala, porque eso ya dura demasiado.

Así diciendo, salieron del patio, y Adolfo no los oyó mas. Su imprudencia era causa del terror de los bandidos, y le habia aprovechado perfectamente. Habiéndose dejado ver por casualidad, habia continuado su papel, y retirando el cuerpo habia asomado ligeramente el brazo.

La retirada de los facinerosos le daba alguna facilidad mas, y buscó con un estremo cuidado enfrente de la segunda ventana, la trampa de que habian hablado y que debia facilitar su salida de la temida sala. Despues de haber mucho tiempo tentado el suelo por aquella parte que apenas iluminaban los rayos de la luna, á cada instante interceptados, consiguió encontrar la trampa, y la oprimió fuertemente en muchos parajes: en fin, se movió y resbaló por una corredera. Decidióse, pues á evadirse por esta salida y principió á bajar la escalera, usando de las mayores precauciones, porque sentia desmoronarse la piedra con su peso, y frecuentemente se encontraba detenido por la falta total de escalones.

Llegó, sin embargo, sano y salvo al fondo y se vió en un corredor que se prolongaba á la parte interior del edificio: acaso hubiera podido buscar los medios de salir de aquella morada; pero no era ese ya su principal objeto. Quería socorrer á las mujeres, cuyas quejas habian herido sus oídos: no sabia por donde dirigirse para llegar á su prision, cuando un rumor confuso de voces, juramentos y cánticos de embriaguez, resonó en una pieza distante, hácia la cual se encaminó. Ya estaba próximo á ella; en aquel momento se abrió la puerta, esparcióse en el corredor una luz brillante, y Levis colocado en la sombra, pudo ver, desde aquel punto, á uno de los foragidos que salia con una cesta provista de viandas y una botella de vino: cerró otra vez la puerta, y se dirigió sin farol ni otra luz hácia donde estaba nuestro héroe.

Gozoso este con aquel encuentro se pegó á la pared, y sintiendo que el hombre habia ya pasado, le siguió guardando un profundo silencio: tenia la esperanza de que aquellas provisiones serian destinadas para las aprisionadas, y que, siguiendo al carcelero, llegaria al lugar en que estaban encerradas; pero se engañó en su cálculo: el bandido, caminando siempre, abrió otra puer-

ta que daba al patio. En aquel momento, Levis viendo que tomaba el camino opuesto al lugar en que él suponía á las presas, se lanzó sobre él con la rapidez del águila, y derribándole con un brazo al que nada podía resistir, le sujetó en tierra.

—Miserable! le dijo en voz baja, eres muerto si gritas ó hablas.

La fuerza con que estaba oprimido advertía bastante bien al ladrón, de la peligrosa situación en que se encontraba; guardó silencio un minuto, y despues habiendo mirado al que tan vigorosamente le sujetaba:— Señor marqués, le dijo, haciéndose apenas entender, tratad un poco menos mal. os suplico, á quien debeis el estar aun entre los vivos.

Este singular discurso admiró á Adolfo, pidiéndole una pronta esplicacion de lo que decia.

El paraje no es á propósito para dároslo, le replicó el bandido; pero si quereis dejarme levantar, y me acompañais á esa pieza inmediata, podré deciros cosas que os admirarán sobremanera.

Levis, como puede creerse, consintió en ello facilmente, y sin dejar al que pretendia ser su libertador, entraron en el aposento designado. Urbano, este era el nombre del saltador, le habló en estos términos.

XXXV.

Nuestro capitán Peraldo está hace poco tiempo en este país: en otro tiempo su residencia ordinaria era en la vasta selva de Barriego, á las órdenes del célebre jefe Roldo, siempre invencible. Cansado de aquella sujeción, quiso tener su banda aparte y separarse de Roldo; pero conociendo este perfectamente su maldad, y teniendo sin duda que temer alguna cosa de él, nos empeñó á

mi y otros tres camaradas á fingir reunirnos á Peraldo, pero en la realidad á ser sus vigilantes: nosotros le prometimos obedecerle y seguir en todo sus instrucciones, que fueron prevenirnos con la mayor severidad, impedir las acciones del nuevo jefe en todo lo que no tuviese el único objeto del robo, y que nos pareciesen actos de venganza ó de perfidia.

En el dia de ayer nos hizo reunir á todos Peraldo, para concertar con nosotros los medios de perder á un caballero, cuyo nombre se guardó bien de decirnos, y el lugar de donde debia salir. Cada uno propuso su dictámen, y llegado mi turno, dije que seria fácil traerle á un pozo sin agua, situado en el terrado inmediato, y precipitarle en él; que en seguida se cegaria el pozo arrojando en él escombros y piedras, y de esta manera era imposible tratar de descubrirle. Este proyecto reunió todos los votos; se colocaron sobre la boca del pozo alguna ligeras ramas, y tendiendo sobre ellas una capa vieja, se cubrió con tierra, quedando el lazo tan bien dispuesto, que era imposible advertirle. En seguida de este trabajo, cada uno se fué á sus ocupaciones ordinarias, en tanto que mis compañeros y yo separámos las piedras destinadas á machacar y sepultar la



victima que se iba á conducir á aquel lugar, á fin de que pasase algun tiempo antes de poder encontrarlas y reunir las.

Aqui señor debo decir, que entreteníendome un dia en la sala alta cuyas ventanas veis desde aqui, habia descubierto detrás de una tabla de piedra que movi por casualidad, la entrada de un pequeño subterráneo que terminaba en un pozo sobre el cual se abria por una arcada, y de que en otro tiempo se servian para la comodidad de este castillo, que perteneció á los vizcondes de Lomagne; y sobre este descubrimiento habia yo formado el plan que debia contrariar el de nuestro nuevo capitán. So pretexto de ir a lo lejos de descubierta, fuimos otro y yo á escondidas de todos al subterráneo, para esperar al caballero que debia sepultarse allí, colocamos sobre el fondo una espesa capa de césped para evitarle el golpe de la caída, proponiéndonos mi camarada y yo, en caso que se trastornase, tomarle y depositarle bajo la bóveda á cubierto de las piedras con que se queria aplastarle, y conservar le allí hasta el momento de volverle á la luz y á la libertad.

Estábamos pues apostados en el lugar indicado, cuando caisteis; pero no tuvimos necesidad de socorridos, porque el cielo nos habia adelantado en este cuidado. Vos os encon-

trásteis en pie resguardado por vuestra armadura de las contusiones que hubieran podido lastimaros, y aun bien pronto descubristeis la bóveda y os retirásteis, en tanto que los otros de la banda consumaban el crimen. Entonces fué cuando os conocimos por haber el capitán pronunciado vuestro nombre. Viendo que no necesitábais de nosotros, nos retiramos en silencio, dejando la puerta secreta entreabierta, y aun la de la sala que dá á la galería; pero habiendo reflexionado en seguida, creímos que era mejor reteneros hasta mañana, sobre todo después que supimos lo que había pasado durante vuestra ausencia, de que después os hablaré. En consecuencia uno de nosotros se separó, y fué á cerrar la puerta, creyendo de este modo interceptaros toda la salida.

Reunímonos en seguida á los demás de la partida, y nos pasamos á la mesa. En tanto que comíamos, dos de la verdadera tropa de Peraldo, que se ha aumentado mucho, contando hasta diez y nueve hombres, sin comprendernos á nosotros cuatro, entraron y nos refirieron una aparición de que habían sido testigos, y que los había asustado terriblemente: ellos afirmaron haber visto en el salón en que hace mucho tiempo se dice que se pasean unos aparecidos, un guerrero con un

penacho negro y amarillo en todo semejante al vuestro, y en seguida una mano con su guante, en la que brillaba una centelleante espada, salia por entre los hierros de la ventana.

Esta relacion, divirtiendo ó asustando á los concurrentes, segun la disposicion de los espiritus, no nos sorprendió á nosotros cuatro; pero temimos que hiciéseis alguna imprudencia, que alborotando á nuestros compañeros, los impulsase á caer sobre vos: yo he salido entonces á buscaros para manifestaros todo lo que acabo de deciros, y suplicaros os retiráseis de la sala á la escalera oculta detrás de la tabla de piedra, hasta el momento en que nosotros pudiéramos facilitar vuestra evasion; pero no sé cómo habeis podido hacer de modo de salir de aquel lugar, ni cómo os encontráis aquí, á menos que contra toda mi esperanza hayais encontrado la trampa que dá á las ruinas de la escalera, y por donde nosotros escapamos algunas veces cuando vienen á perseguirnos en este antiguo castillo que nos parece nuestro dominio.

Así el bandido terminó su relacion, que llenó de admiracion á Levis, y le pareció tener el carácter de la verdad; por lo tanto no vaciló en permitirle llevar la cesta de pro-

visiones á quien iba destinada, prometiéndole Urbano, bajo los mas solemnes juramentos, volver inmediatamente para ponerse de acuerdo; porque Levis habia declarado que no queria salir de aquel sitio, sin haber puesto en libertad las prisioneras cuyos gritos habia oido.

Durante la ausencia del facineroso, se ocupó en admirar los resortes secretos de que la Providencia se servia para llegar á sus fines, y mas que nunca, veneró sus inmutables decretos. Pero Urbano no volvia, y otro bandido con un farol en la mano se aproximó á la estancia en que se hallaba Adolfo; quiso empujar la puerta, mas sujetándola este vigorosamente, los esfuerzos del malhechor fueron inútiles. Entonces llamó á Urbano en alta voz, y este vino corriendo á responderle. «Dónde has puesto la llave de esta puerta? le preguntó, porque tú has sido el último que ha entrado aquí.»

—No lo sé, replicó, tal vez la habré dejado en la sala de las armas; ademas, el capitán me ha prohibido darla, y si tú la quieres pídesela á él.

Medio embriagado el primero, juró de una manera horrosa, y se retiró de allí: Urbano se aproximó, pronunció en voz baja el nombre de Levis, y este entreabriendo la

puerta le dejó entrar: Urbano para mas seguridad la cerró por dentro.

—Señor, dijo, siento haberos puesto en este compromiso; pero no creia que ese miserable brazo de hierro dejase la mesa para venir á echar una ojeada sobre nuestras últimas presas, de que soy depositario; pero dejemos esto y volvamos á lo que me resta que deciros concerniente á las dos señoras apresadas esta misma noche, cuando iban á entrar en el campo del ejército francés.

Mientras yo estaba con Gerco en el subterráneo que conduce al pozo, nuestros dos compañeros Alberto y Mervine, acompañaban en el camino de Tolosa al teniente Didier, que esperaba hacer allí buenas presas: á eso de las diez oyeron á lo lejos el sonido de los cascabeles de algunas acémilas, y no dudaron la aproximaron de algun convoy.

Dividióse la gente á los dos lados del camino, y á favor de la espesura de algunos arbustos, esperaron en silencio que se acercase. Con la claridad de la luna, descubrieron en fin una litera escoltada por doce hombres á caballo, armados y capaces, al parecer, de hacer resistencia; pero no se les dió lugar para ello: los nuestros cayeron sobre ellos de improviso, y los cargaron tan vigorosamente, que no tuvieron tiempo de poner-

se en defensa, y algunos de ellos, bastante afortunados en escapar de aquel primer ataque, no pensaron en batirse, y se salvaron á rienda suelta hácia Grenade. Despues de esta victoria, el teniente Didier se aproximó á la litera, de ia que salian agudos gritos, y habiendo visto en ella dos señoras ricamente vestidas, se prometió sacar un buen rescate, y condujo sus prisioneras á esta morada. Esto fué en el mismo momento en que se acababa de conducir y hacerlos caer en el pozo fatal.

Nada, noble señor, podria espresaros la alegría de Peraldo á la vista de aquellas damas, á quien sin duda conocia; pero no quiso decir sus nombres: mandó que se las condujese á una habitacion alta, adonde no se puede llegar, sino por la sala donde comemos, y prohibió á todos el acercarse allí. Estas precauciones poco comunes, nos inspiraron alguna curiosidad: tratóse de descubrir la verdad, pero hasta ahora nos es desconocida.

—Con que no podeis decirme quién son esas desgraciadas?

—No, señor. Unicamente podré advertiros que Alberto, al llevarlas á su prision, oyó á una de ellas que decia derramando amargas lágrimas: ah! mi querida Odila!

habré caído en poder de mi perseguidor!....

—Odila! decís, exclamó Levis, fuera de sí: una de ellas se llama Odila! Su compañera sería?... Sí, ya no lo dudo; las voces que he creído reconocer, las conversaciones que he oído, todo contribuye á darme una viva luz! Ellegia está aquí, y el cielo me ha traído para defenderla y arrancarla á este peligro, el último, sin duda, que tendrá que correr.

Amigo mio, prosiguió dirigiéndose al bandido, si vos y vuestros camaradas quereis adquirir mas fortuna que la que puede ofrecer el azaroso oficio que ejercéis, y una seguridad que ciertamente no os proporciona, ayudadme á arrebatat esas señoras á vuestro culpable gefe, y por una accion semejante reparais á los ojos de Dios y de los hombres, todo el mal de que hasta el dia os habeis hecho cómplices. Y no vale mas ser un honrado soldado, que un detestado saltador?

—Señor, replicó Urbano, os doy un millon de gracias por vuestros ofrecimientos; yo los acepto, y os juro que mis compañeros lo los rehusarán; pero es necesario que nos prometais ponernos en el número de los guerreros de vuestra invencible compañía.

—Yo os lo aseguro, dijo Levis, pero no perdamos tiempo, y decidme qué quereis hacer? Mi opinion seria marchar inmediatamente contra los foragidos á pesar de su número; yo me siento capaz de esterminar hasta el último de ellos.

—Eso seria, señor, esponeros á una muerte indudable: tengamos un poco de paciencia y adelantaremos mas. La aurora se aproxima dentro de una hora á lo mas, una parte de la gente irá á apostarse en los vecinos bosques: el resto compuesto en suma de una docena de hombres se entregará al sueño hasta el medio dia. Este instante es el que debemos aprovechar: vos y nosotros cuatro iremos entonces á libertar á las damas y combatiremos si es necesario con los que traten de oponer alguna resistencia.

Levis, aunque con impaciencia, se vió obligado á rendirse al prudente consejo de Urbano. Este le dejó de nuevo, dando vueltas á la llave para su seguridad personal. En tanto que él fué á unirse á sus camaradas y darles parte de las proposiciones del marqués Adolfo, este temblaba de indignacion al pensar que Elfegia estaba cerca de él, y no estaba aun en libertad. El alba que aparecia con toda su pompa, le recordaba tambien el combate que sin duda se estaba dando á aquella

hora, y deploraba que la victoria no fuese debida á sus esfuerzos.

Entre tanto Urbano pasó al patio consus tres compañeros, detuviéronse allí y se liaron un pañuelo blanco al brazo izquierdo para hacerse reconocer de Levis, y luego se dispersaron. Poco tiempo despues, Didier el teniente, con ocho de los bandidos, salió tambien al patio, y se preparó para ir al monte. Ya Levis le habia perdido de vista, cuando Peraldo corrió tras él.

—Didier, le gritó, no te olvides inmediatamente que concluya la batalla, si son vencedores los franceses, de ir á decir al que nos ha hecho obrar, que su enemigo ya no existe, que tengo en mi poder lo que tan vivamente desea, y lo pasaré al suyo, luego que me haya entregado la suma que le pido.

Didier le hizo una seña y partió.

—Anda, decia para sí Levis, no esperarás que tu salario te llegue del campo, yo me encargo de suministrarle tal, que no necesites mas en adelante.

Peraldo llevaba el mismo traje con que habia insultado á Levis, y este se prometia no dejarle tiempo para vestirse otro. Urbano volvió en fin.

—Salid, caballero, le dijo, la hora es favorable; nuestros amigos nos esperan, y el ins-

tante de la libertad está próximo.

Dijo, abre á Levis, y marha delante de él para conducirle. Ya habian pasado el patio y el corredor, cuando en el momento de entrar en el salon se encontraron de frente con el bandido Roberto, quien al ver el penacho negro y amarillo de Levis, y su blasonado escudo, exhaló un grito de alarma, y se precipitó en el salon pidiendo socorro.

— Ah! capitan! dijo, somos perdidos! El señor de Levis ha levantado la roca que le cubria, y vestido de sus armas marcha contra nosotros.

Estas palabras inconcebibles escitaron la risa de Peraldo y de los que con él estaban. Sin embargo, un ruido que llegó á sus oidos le obligó á tirar de la espada, y sus compañeros le imitaron. Entonces Adolfo se mostró á su vista: todos se estremecieron; el terror los anonadó, y Adolfo dirigió estas palabras con voz atronadora al gefe de los bandidos: «Miserable! tu crimen no fué completo! Yo vivo aun, y Dios me ha traído para terminar el curso de tus atentados!» Dijo y se arroja sobre Peraldo, que trata en vano de defenderse: cae, los facinerosos intentan vengarle, y acometen: entonces Urbano y los suyos se colocan al lado de Levis, y esgrimen con valor. Esta imprevista defeccion decide la

derrota de los bandidos. Ninguno escapó de la muerte que merecían, y satisfecho con una victoria que, en otras circunstancias le hubiera parecido tan poco gloriosa, sube Adolfo la escalera que Urbano le indica, y llega en fin á la estancia de donde oyó salir los gemidos. El ruido del combate habia sido notado por las cautivas, y no conociendo la causa de él, se abandonaron á un sobresalto que por momentos se aumentaba, pero á qué punto no llegaría al oír dar en su puerta terribles golpes! Levis no habiendo encontrado la llave, ni permitiéndole su impaciencia esperarla, redobla los golpes en los cuarterones de la puerta que vuelan en astillas. Las dos amigas estrechamente abrazadas, esperaban sin duda la muerte, cuando el nombre de Elfegia pronunciado por una voz bien conocida, resuena en la sala: la puerta no existe ya, y Levis se lanza para ir á caer de rodillas ante la duquesa d' Auvillars, porque ella y Odila eran las aprehendidas por los ladrones.

Nuestra pluma pintaría muy imperfectamente el júbilo de los dos amantes en este inesperado encuentro: la sangre de que estaban teñidas las armas de Levis sobresaltó un momento á la sensible Elfegia.

—Tranquilizaos, la dijo aquel; esas sangrientas señales son las pruebas de mi ven-

ganza! Era demasiado pura mi sangre para ser vertida por tan indignas manos!

Urbano entre tanto se presenta, temiendo la vuelta de Didier y los suyos. El insta á Levis para partir, y va á ensillar los caballos. El feliz trio aprueba su prudencia, y contentos con verse reunidos, remiten a tiempo mas tranquilo la relacion de los acontecimientos que á cada uno han traído á aquella odiosa mansion. Bajan, franquean la colina, y distinguiendo á lo lejos la batalla que se está dando, el marqués impaciente por pelear, atraviesa el campo, deja á Elfegia y Odila en su tienda, y viendo ya asegurado el objeto de su amor, no escuchá su voz, y vuela adonde la del honor le llama.



XXXVI.

Antonio d' Aigremont, descendiente de una de las primeras familias de Langüedoc, que tenia la pretension de ser una de las ramas de la antigua casa de Carcasona, cayó desde muy temprano en los mas culpables escesos: la debilidad de su padre contribuyó á perderle, y antes de los veinte años estaba ya

enteramente corrompido. Pero faltábale la fortuna para satisfacer todas sus pasiones: no era el primogénito, y las leyes le condenaban entonces á una perpetua pobreza.

No lejos del castillo de su familia, en la villa de Lectour, capital del ducado de Armagnac, vivia la jóven Ethelmunda, hija del príncipe soberano de este título: su naciente belleza la hacia ya el objeto de la admiraciou general, y los continuos homenajes que se la rendian, daban un orgullo sin igual á un corazón constantemente alimentado con el cebo del amor propio.

D' Aigremont, segun la costunbre de la nobleza, fué colocado ea calidad de page en la casa del duque d' Aigremont, y la amistad que enlazaba al príncipe Bernardo con el señor d' Aigremont, fué uno de los motivos que le inclinó á distinguir particularmente al jóven Antonio, en medio de los donceles que se formaban en su servicio para los heróicos ejercicios de su caballeria. Este favor de que gozaba, le daba entrada en el interior del palacio y los jardines, que podia recorrer libremente y á todas horas. Admitido á los juegos de los hijos del príncipe, entabló una particular amistad con el duque Juan, que tenia su edad y una parte de sus gustos. Sus placeres les eran comunes, cons-

tantemente estaban juntos, y Juan no tenía un pensamiento que no le fuese dictado por d' Aigremont. Esta relacion aproximaba necesariamente á este, á la hermosa Ethelmunda: ella oía hablar sin cesar de aquel jóven; admiraba su aventajada estatura, su fisonomia, en que con tanta vivacidad se pintaban los arrebatados sentimientos que dominaban su alma. El elogio de d' Aigremont estaba en todas las bocas, y bien pronto pasó al corazón de la princesa: su altivez se indignaba algun tanto al sentir la llama de que estaba abrasada; pero á lo menos si amaba, se prometió ocultarlo en un eterno silencio. D' Aigremont, por su parte, no habia podido ver impunemente la reunion de tantos encantos: él adoraba á Ethelmunda, pero á su manera, es decir, impetuosamente sin pensamientos virtuosos, y convencido de que le seria imposible franquear la distancia que los separaba. Este obstáculo, empero, estaba bien lejos de arredrarle: no creia deber abandonar la felicidad que le prometia la esperanza, y distinguiendo claramente la ternura que la princesa no podia disimular, empleó todo su talento para obligarla á ceder á los sentimientos secretos de que estaba poseida: su destreza era demasiado profunda para no arastrar la inespereincia de la jóven Ethel-

munda. En vano el orgullo la imponia el deber de defenderse; el amor tenia mas fuerza, y venció: é instruidos por él aquellos dos amantes, no tardaron en entenderse y en confesarse su reciproca pasion.

Pero en tanto que con toda confianza se entregaban á su naciente ternura, la envidia se agitaba en torno de ellos, y preparaba sus armas para desunirlos.

Los príncipes, mas que el resto de los hombres, tienen vigilantes censores que no los abandonan jamás: son conocidas sus acciones mas ordinarias, y comentados hasta sus menores pensamientos: por lo tanto no era de creer que, en la corte d' Armagnac, se hubiera dejado impunemente á la bella Ethelmunda amar al señor d' Aigremont: veinte voces se levantaron á un tiempo para descubrir al duque lo que pasaba: sintió por ello un extremo disgusto, pero habiendo reflexionado en la imprudencia de su conducta al permitir aquel frecuente trato, vituperó menos á su page, y se contentó con hacerle salir de Lectour, enviándole á Paris. La separacion fué penosa para los dos amantes; derramaron copiosas lágrimas, se juraron una fidelidad sin límites y Ethelmunda dió a d' Aigremont su mas hermoso velo para hacer de él una

banda, el día de su partida. Antonio llegó á Paris enteramente ocupado de la imagen de Ethelmunda, pero poco á poco fué estinguiéndose la primera pureza de su llama, sus pasiones se desarrollaron, y se abandonó á los mayores excesos. En proporción que sus deseos se aumentaban, sentia que su falta de fortuna le redujese á no poder satisfacerlos todos. Un pariente suyo desempeñaba entonces el cargo augusto de gran maestro de la órden del Temple, el cual ofreció á d' Aigremont el medio de poseer grandes riquezas, y este inmoló el amor de Ethelmunda al de las multiplicadas pasiones de que era un esclavo. Hizo, pues, su profesion y poco tiempo despues, por el crédito de su pariente, obtuvo una encomienda. Empero, en medio de sus disoluciones, el recuerdo de aquella hermosura le ocupaba muchas veces: formó en su consecuencia el proyecto de aproximarse á ella, y volvió al Armagnac. Ya no era un nuevo doncel el que se presentaba; era un comendador de la órden del Temple, pariente y favorito del gran maestro; fué, pues, acogido de todos con la mas alta consideracion, y lisonjeando con tantas muestras de deferencia no temió parecer en la corte de Bernardo d' Armagnac; pero su

corazon sintió una profunda herida al saber que la bella Etelmunda acababa de casarse con un príncipe de la casa de Foix.

Aquella jóven, mas constante que d' Aigremont, le habia guardado largo tiempo la fidelidad prometida: luchó con perseverancia contra la voluntad y el cariño de su padre, que queria establecerla dignamente, en tanto que conservó la esperanza de ser algun dia esposa de su amante; pero perdió esta confianza habiéndose hecho templario d' Aigremont, y el duque no descuidó el hacerlo saber á su hija de una manera indudable. En el primer momento de su despecho prometió todo lo que de ella se exigiera. El príncipe de Foix, vivamente apasionado de sus encantos, se apresuró á pedirla y hacia un mes que Ethelmunda pertenecia á un noble esposo, cuando d' Aigremont se presentó de nuevo á su vista... Aquel momento fué terrible: derramáronse por los dos amargas lágrimas, se hicieron mútuas reconvenciones, se prometieron no volverse á ver, y sin embargo, se vieron todos los dias: su pasion adquirió nueva fuerza.

El príncipe de Foix estaba ya en la declinacion de la edad: d' Aigremont brillaba con todo el esplendor de la juventud: él era

amado de largo tiempo; Ethelmunda no sabía ó no tenia valor para huirle. En fin, un dia en que, en un bosquecillo distante del palacio del príncipe d' Armagnac, estos temerarios amantes se olvidaban de la naturaleza entera, el señor de Foix se presenta súbitamente á su vista. Sorprendido con el espectáculo que á sus ojos se ofrece, la cólera misma suspende un momento su venganza; pero bien pronto con el acero en la mano se precipita contra d' Aigremont.—Cobarde seductor, le grita, defiende tu vida, ó arráncame la mia.» El templario se arma tambien; Ethelmunda no podia oponerse á aquel impío combate, porque se habia desmayado al ver á su esposo. Los dos adversarios animados por igual furor no trataban de defenderse: era la muerte de uno de los dos lo que querian; el combate era horrible y silencioso, porque temian la presencia de testigos indiscretos que hubieran tratado de templar su encarnizamiento, pero si el príncipe de Foix era hábil en el manejo de las armas, d' Aigremont no le cedia, y bien pronto la ventaja se mostró de su parte. Lejos entonces de respetar á su rival, le estrechó tan vivamente, que le arrancó la vida en el momento mismo en que Ethelmunda recobraba sus sentidos. La vista del sangriento cadáver de su

esposo la hizo caer en un nuevo estupor: d' Aigremont la inspiraba horror, y le mandó huir de su presencia; y este pérfido caballero se salvó sin haber sido visto ni sospechado de nadie. Los gritos de Ethelmunda, entre tanto, atrajeron algunas personas de la familia que paseaban a alguna distancia: arrancáronla de aquel lugar de desesperacion, y cuando se pudo interrogarla pretendió no haber reconocido al malvado que habia inmolado á su rabia al principe. Este crimen fué atribuido á diversos enemigos que tenia, y nadie adivinó la verdad.

D' Aigremont, de vuelta á su casa, esperaba con impaciencia extrema las consecuencias de aquella fatal escena. Viendo, despues de muchos dias, que no se sospechaba de él, emprendió un viaje á Italia, con el objeto de dejar pasar un año antes de volver á ver á Ethelmunda, calculando que ya para entonces se habria calmado su dolor: porque el remordimiento estaba lejos aun de atormentar á d' Aigremont.

Durante su viaje prosiguió el curso de sus expediciones galantes, y en una circunstancia bastante particular, contrajo amistad con el señor Loredani. Dos malvados no pueden tardar en entenderse: luego que d' Aigremont é Isarn se hubieron conocido,

se adivinaron y pensaron en el partido que podrian sacar uno de otro. En aquel momento Loredani acababa de destruir la brillante fortuna que le habia dejado su noble padre: en cada ciudad de Italia se habia señalado por una mala accion, y en Palermo, sobre todo, se le acusaba del asesinato de un hombre, cuya esposa habia seducido, abandonándola en seguida. Sus truanerías le habian hecho arrojar de Pisa, y entonces andaba vagando por las inmediaciones de Florencia, furioso con las noticias que de Venecia, su patria, habia recibido: Roldo, su confidente subalterno, le avisaba que la hermosa Laurencia, la hermana única y poseedora de una inmensa fortuna, que debía á una parienta lejana, estaba á punto de enlazarse con el principe Ludovico de Montalbano uno de los mas distinguidos señores de Nápoles. Este matrimonio desconcertaba enteramente todos los planes de Loredani: habiase lisonjeado con la idea de que su hermana retirándose á un claustro, le abandonaria su patrimonio, y que por este medio podria reparar sus pasadas locuras. Cierta ahora de lo contrario, revolvía en su imaginacion siniestros pensamientos, y se separo de d' Aigremont para ir á ponerlos en ejecucion. El templario continuó su camino y llego á Nápoles, pero te-

miendo todavía los resultados que pudiera tener para él, la muerte del príncipe de Foix, conservó siempre el incógnito.

Cárlos de Anjou reinaba en aquella época (1) su corte estaba llena de franceses de distincion, á los cuales no podian ser indiferentes los negocios del Mediodia de la Francia. D' Aigremont vestido de simple caballero, recorrió algun tiempo las cercanias de Nápoles para ver despacio los monumentos de la antigüedad que se principiaban ya á reconocer y venerar. En una de las escursiones hácia el promontorio de Gaeta, se extravió un dia en un viñedo plantado sobre los escom-

(1) Cárlos de Anjou, llamado el cojo, sucedió á su padre Cárlos de Anjou, elevado al trono de Nápoles y de Sicilia, por la voluntad del papa, soberano de aquella corona, que habia quitado á Alanfroi, bastardo del último monarca. La casa de Borbon, cuya ilustracion es sin igual, ha visto sus diversas ramas reinar alternativamente en Hungría, en Nápoles, en Polonia, en Portugal, en España, en Constantinopla, en Etruria, en Francia, en Inglaterra, etc. No hay una familia soberana que pueda igualarla en antigüedad y esplendor.

bros de una vasta construccion romana.

Fatigado de haber andado vagando largo rato, sin encontrar senda segura, se sentó sobre un trozo de columna de jaspe, y se entregó durante algun tiempo á sus reflexiones. Un repentino grito exhalado no lejos de él hácia el oriente, atrajo vivamente su atencion, y su repeticion y continuacion le determinaron á volar en socorro de la persona que, tan lastimosamente se quejaba. d' Aigremont era valiente, y esta brillante cualidad, reparaba en ocasiones el mal causado por sus vicios: echando mano á la espada, corre hácia el parage de donde salian los gritos, y alcanza á ver una mujer jó. en, en el mayor desórden, que dos foragidos trataban de arrastrar por fuerza, al fondo de una gruta, no muy lejos de alli. D' Aigremont los cargó tan denodadamente, que bien pronto los puso fuera de combate; el uno murió á sus pies, y el otro escapó, yendo á caer un poco mas lejos.

Entre tanto la señora, casi sin vida, habia quedado en tierra, apoyada contra un hermoso laurel. Su vestido, aunque sencillo, era elegante; y su fisionomia, las gracias de toda su persona, bastaban para atraer las miradas.

Despues de haber castigado á los raptores,

el caballero se la aproximó, preguntándola adónde debía conducirla, y si tenia algun otro peligro que temer. La hermosa jóven, pasada su primera turbacion, dió las gracias á d^e Aigremont con un sonido de voz encantador, y usando de las mas lisonjeras frases.

—Soy, le dijo, una amiga de la princesa de Montalbano, cuyo palacio se eleva detrás de esa colina, y mi nombre es Blanca: hace algunos dias que habia tomado la costumbre de venir á pasearme en estas ruinas, cuya belleza admiraba, y hasta el presente no habia sospechado el peligro que en ellas podia correr.

Despues de algunos momentos de conversacion, y hallándose un tanto repuesta, quiso retirarse. D^e Aigremont solicitó con vivas instancias el honor de acompañarla, indicando la posibilidad de que algunos otros compañeros de los handidos vagasen por aquellos sitios; y la llama impetuosa que acababa de prender en su corazon, le ordenaba velar sobre la que era su objeto.

Blanca, gozosa, á pesar suyo, de aquel interés tan vivamente espresado, aceptó el brazo del caballero, y tomaron el camino de villa Montalbano. D^e Aigremont tenia talento, y queria agradar: estuvo amable y

agradó. Blanca, á su vez, desea conocer el nombre de su defensor, y el templario se dió el de Rogero d' Aureville, bajo el cual se hacia designar en aquellas circunstancias. Aunque ambos marchaban con la mayor lentitud posible, dieron, en fin, vuelta á la colina, y se hallaron á la entrada de una soberbia calle de álamos, que se prolongaba hasta las verjas del palacio: allí fué necesario separarse, no atreviéndose d' Aigremont á pedir el permiso de ir mas adelante, y Blanca se hubiera sonrojado con la idea sola de concederle. El templario se retiró pensando en su aventura: no se habia alejado mucho, cuando los encantos de aquella jóven se representaron en su imaginacion: jamás, despues de Ethelmunda, habia visto un ser tan perfecto, y esta poseía hasta el hechizo tan poderoso de la ingenuidad, que por desgracia faltaba á la primera.

D' Aigremont se lisonjeó con que una conquista semejante no seria imposible, y que una jóven que sin duda estaba en la dependencia, no opondria una resistencia invencible. Ocupado de estas ideas, fué á establecerse en la aldea mas próxima.

Desde el dia siguiente no hacia otra cosa que pasearse por las ruinas; pero en vano esperó en ellas á la italiana, que demasiado

temerosa de la venganza de los demas bandidos, no volvió á dirigirse á aquel parage. D' Aigremont se adelantó hácia el palacio, le dió vuelta por todos lados; pero sus pasos fueron inútiles, y se vió obligado á retirarse sin haber visto á Blanca. Desesperado con este contratiempo, se resolvió el dia siguiente á hacer una tentativa temeraria. Parecióle fácil introducirse en los hermosos jardines de Montalbano, y se decidió á penetrar en ellos nocturnamente.



XXXVII.

Parecía que las sombras no venían jamás á cubrir el hemisferio: su impaciencia acusaba al sol de una lentitud inacostumbrada. Desapareció, en fin, este astro del horizonte: principió el reinado de la noche, y el templario se aproximó á la simple barrera de mirtos que rodeaba los jardines, no encontrando dificultad en abrirse paso por ella. Largo tiempo anduvo á la ventura, recorriendo los bosquecillos, los laberintos, sin

aproximarse al palacio: en fin, una calle de jazmines le condujo directamente á un pabellon del que salia una luz vivísima: las celosías estaban entreabiertas, y dirigiendo d' Aigremont sus miradas al interior, descubrió al objeto de su indiscreta expedicion. Blanca estaba en aquel sitio sola y casi desnuda: tenia un libro en la mano, le dejó, se aproximó á la ventana, y la abrió enteramente para respirar un momento el fresco ambiente de la noche: en su encantadora fisonomia, se dejaba ver una impresion profunda de tristeza.

Despues de algunos minutos de reflexion, fué á tomar una magnifica tiorba adornada de nacar y piedras preciosas. Preludió en ella con infinito gusto, sacando de aquel instrumento los mas deliciosos sonidos, y buscando, en fin, en su imaginacion, concluyó por cantar en estos términos.

Primeros sentimientos de amor.

— — — — —
Qué nuevo sentimiento
me interesa y agita,
y á mi pesar, escita

mi llanto y mi temblor?
Del cantor de los bosques
los ecos armoniosos,
mis sentidos ansiosos
penetran de rubor.

Desfallecida, errante,
mi pena va en aumento,
y con despecho siento
que en mí domina amor.

En vano huirle quiero,
en vano temerosa,
la soledad ansiosa
deseo en mi dolor.

Huyó de mí el reposo,
huyó la paz del alma,
y á tan felice calma,
sus^tituyó el temor.

Cómo pude, insensata!
dudar del poderío
que en pecho como el mio
ejerciera el amor?

Es en vano dudarlo,
yo siento una agonía
que oprime el alma mia,
llena de turbacion.

Suspiros dolorosos,
trasportes sin objeto,
un frenesí secreto,
agitan mi razon.

Yo amo y odio á un tiempo,
me abraso y me estremezco,
y un tormento padezco
si pienso en el amor.

No era en Francia donde d' Aigremont hubiera podido encontrar modelos de este cántico verdaderamente celestial. Fuera de sí, arrebatado por un género de placer que hasta entonces le era desconocido, permanecía inmóvil como una estatua, temiendo perder el mas ligero sonido, y Blanca habia concluido su romance, cuando él creia oírla todavía.

Admirable mágia de la mas sublime de las artes, de la que mejor sabe conmover las pasiones de nuestra alma! La d' Aigremont estaba en aquel momento bajo el poder de un verdadero encanto: aquel precioso talento llevado á una perfeccion, inaudita para él, aumentó su amor á la bella cantora; pero cómo hacer para declarárselo? La voz del templario estaba muy lejos de poseer aquella dulce melodía: hubiérase sonrojado de cantar despues de Blanca, y temia asustarla si la hablaba.

En tanto que deliberaba consigo mismo, la jóven salió de la estancia en que se hallaba, y su súbita ausencia llenó de deses-

piracion á su amante, reconventiase su silencio, su irresolucion, cuando por una felicidad sin igual, oyó abrirse una puerta que daba sobre el terrazo un poco elevada que le separaba del pabellon. Blanca salió de él, y parecia querer pasearse á la claridad de la luna, cuyos rayos acababan de penetrar unos ligeros vapores que los encubrian.

Esta vista volvió toda su alegría al impetuoso d' Aigremont, prometiéndose aprovechar la ocasion. Retirándose entonces de la sombría alameda en que estaba oculto, atravesó una pradera que se estendia hasta el pie del terrazo.

Blanca se sorprendió al ver un hombre dentro de los jardines á hora tan desusada; el terror comprimió un instante su alma, pero bien pronto aquel instinto secreto, que nunca nos engaña, la anunció que no debía temerle, y á la claridad del astro nocturno, reconoció el manto amarillo, la gorra negra adornada de plumas blancas, y mas aun, el aire poco comun de su libertador: ya no tuvo entonces valor para retirarse permaneciendo inmóvil, combatida por los sentimientos mas contrarios, mas tiernos y mas tímidos á un mismo tiempo.

D' Aigremont viéndola confusa se aproximó con viveza, y la habló en el lenguaje

de un amor violento que tan bien sabia expresar su pérfida boca. La razon aconsejaba á Blanca huir de él: esta era tambien su voluntad, pero como resolverse á ello, cuando el corazon se rebelaba? Blanca hizo lo que otra hubiera hecho en su lugar; permaneció y escuchó á d' Aigremont, y si no respondió en el momento de una manera favorable, á lo menos él no tuvo motivo para desesperar de esta primera entrevista, la prolongó cuanto le fué posible, y no se retiró sin haber obtenido la seguridad de una cita el dia siguiente á la misma hora.

Puede presumirse que el templario no faltaria á ella. Bien instruido del carácter noble y virtuoso de su amada, no la habló jamás sino del lenguaje del amor mas puro, sorprendido de encontrar tantas cualidades preciosas en una persona que suponía de la clase comun.

Blanca se apasionaba de d' Aigremont á medida que le veía con mas frecuencia. Su feliz imaginacion le presentaba las perfecciones que no poseia: al mismo tiempo se entregaba al atractivo tan poderoso para las almas nobles, de ser amada por si misma, y qué satisfacion no experimentaba al pensar que podria un dia recompensar dignamente una ternura tan delicada! Entre tanto las ci-

tas se multiplicaban, y ya los amantes se hablaban de una union legitima que debia estrechar mas los nudos que los ligaban. D' Aigremont, á quien nada costaba ya un crimen mas, concibió el proyecto de abusar del candor de su amante, por un himeneo impostor que su posicion le prohibia severamente.

Blanca era italiana, amaba con la violencia de su carácter y de su pais: solo opuso una débil resistencia al proyecto de d' Aigremont, y fué la primera en pedir que el matrimonio se celebrase con un profundo secreto. El estaba bien lejos de resistirse á una cosa que tanto le favorecia: en consecuencia, se convino entre ellos que Blanca dejaria el palacio de Montalbano, y pasaria á Nápoles, donde se efectuaria la ceremonia. Por una casualidad bastante singular, la princesa de Montalbano, dijo Blanca al templario, queria volverse al mismo tiempo á la ciudad, y como ella estaba resuelta á no dejar á su bienhechora, esta coincidencia pareció feliz por facilitar el cumplimiento del doble proyecto.

A las cinco de la mañana, la jóven completamente disfrazada, se evadió de su habitacion acompañada de un caballero que presentó á d' Aigremont como un pariente remoto, que la serviria de testigo. El templario

llevaba tambien consigo su digno émulo en perfidia y maldad, que iba á ayudarle á cometer un sacrilegio. Un sacerdote estaba prevenido, y unió á los dos amantes, d' Aigremont bajo el nombre de Rogero d' Aureville, caballero normando, y su jóven amiga bajo el de Blanca d' Alleria. Despues de enlazados por nudos que debian ser indisolubles, se volvieron cada uno á su casa; pero en medio de la noche una entrada secreta debia conducir al caballero al lado de su encantadora esposa. Fuerza es detenernos aquí, porque el velo de himeneo no debe ser levantado: baste saber que el culpable d' Aigremont fué mas feliz de lo que merecia.

Por este tiempo recibió de Gascuña la noticia cierta de que ninguna sospecha le imputaba la muerte del principe de Foix, al paso que el gran maestro de la órden del Temple, que sabia el lugar de su retiro, le encargaba de los intereses de la misma cerca de la corte de Nápoles. Desde aquel momento d' Aigremont quiso poner término á aquel incógnito que principiaba á cansarle. En consecuencia, se mostró bajo su verdadero nombre, y con toda la ostentacion que tanto le gustaba.

El temor de ser reconocido por Blanca, era lo que menos le ocupaba, y aunque la amase

todavía, se inquietaba poco de dejarla descubrir una verdad, de que tarde ó temprano tendria que ser instruida.

Ya hacia algunos dias que iba á la corte, cuando una noche oyó en uno de los salones de palacio á dos caballeros, hablando con entusiasmo de la notable belleza de la princesa de Montalbano. Al oír pronunciar aquel nombre, tuvo la curiosidad de examinar, si la señora podria desvanecer los encantos de la señorita de compañía, no pudiendo creer que Blanca desmereciese de la princesa. Conocia á uno de los interlocutores; se aproximó á él y le preguntó dónde se encontraba aquella maravilla de que con tanto énfasis hablaban.

— Aquí mismo, le respondió el marqués de Jullieti, y he ahí, prosiguió mostrándole á su compañero, un primo de la princesa que os presentará á ella, si teneis el atrevimiento de contemplar de cerca tantos atractivos que nadie puede ver impunemente.

D^e Aigremont solicitó del señor Amalfi el honor de hacer la corte á su noble parienta: este iba sin mas tardanza á conducir al templario, cuando un gran señor de la corte se acercó á este último y le habló de un negocio importante.

El señor de Amalfi durante este tiempo,

fué á solicitar de la princesa el favor de presentarle á d' Aigremont. Obtúvole fácilmente, y cuando este hubo concluido su conferencia, se dirigió acompañado de Amalli á la presencia de la imponente belleza. Hallábase en una sala inmediata: d' Aigremont se aproxima de repente, pero al verla se estremece, retrocede con terror; y la princesa, arrojando un terrible grito, cierra sus hermosos ojos, y pierde el uso de los sentidos.

El templario acababa de reconocer en ella á Blanca, su esposa, á la que tan indignamente engañaba. Confundido con un encuentro semejante no se pudo resolver á aproximarse á su deplorable víctima. Alejóse prontamente de allí, y aun bien pronto reflexionó en la peligrosa posicion en que iba á encontrarse en Nápoles, desde aquel momento, y como único recurso decide partir inmediatamente, abandonando los negocios de que estaba encargado al comendador de Beau-fremont, que por su edad y sus virtudes era mucho mas digno de la confianza de su órden.

Aquí debemos retroceder algun tanto, para instruir al lector de las causas que prepararon el acontecimiento que acabamos de referir.

El principe de Montalbano dejó á su muer-

te dos hijos de dos esposas diferentes: el mayor era el príncipe Ludovico, y la segunda la princesa Blanca. Una tierna amistad unia á esta pareja virtuosa, y lejos de aborrecerse, como sucede comunmente entre hijos de distintos matrimonios, gozaban en la mas dulce paz los encantos del cariño fraternal. Blanca, privada muy temprano de sus padres, quedó al cuidado de una tia anciana, mujer romancesca, y cuya vida pasada no habia sido mas que un encadenamiento de estravagancias y de pasiones tumultuosas. Lejos, pues, de procurar preservar de ellas á su sobrina, exaltó sus ideas, la inspiró sentimientos exagerados y supo hacerlo tambien, que esta jóven no soñaba sino en el momento de entregar su corazon.

El singular encuentro que la hizo conocer á d' Aigremont le pareció un golpe del cielo, que de ese modo le designaba é aquel á quien debia conceder todos sus afectos, y por lo tanto no trató de combatir el que la inclinaba á su libertador, y se abandonó sin resistencia á una ternura que debia labrar la desgracia de su vida. Su hermano, de quien nos ocuparemos bien pronto, estaba en aquel momento lejos de ella; Blanca le instruyó de su amor, le nombró á su amante, y como la familia d' Aureville estaba enlazada con la de los

Tancredos de Hauteville, tan famosa en Italia. Ludovico no pudo condenar aquella elección aprobó también la idea de su hermana de querer ser amada por sí misma, y no vió nada de extraordinario en que se hiciese pasar por la amiga de la princesa de Montalbano, siendo ella la misma princesa. El proyecto de Blanca era esperar, para descubrir á su esposo su rango, y sus inmensas riquezas, el momento venturoso en que llegara á ser madre: extravagantes ideas que debían ser tan cruelmente castigadas!

Cuando la época de su unión fué decidida, rogó á su hermano viniese á servirla de padre, y aunque también estaba en vísperas de su enlace con Laurencia Loredani, noble veneciana, se apresuró á prestarse á los deseos de su hermana. El fué quien la condujo al altar, no como su hermano, sino bajo el título de pariente de Blanca. El nombre de Allería que tomó esta para el casamiento, era el antiguo apellido de su familia, que hacía largo tiempo no usaban. Ludovico después de haber cumplido este piadoso deber, regresó inmediatamente á Venecia, donde no tardaremos en seguirle. Su hermana hubiera visto prolongarse todavía el error en que se hallaba con respecto á su perdido esposo, si habiendo llegado á su mayoría, no se hubie-

se visto obligada á ir personalmente á la corte á prestar homenaje al rey Cárlos de Anjou, por los diversos feudos que poseia en sus estados. Bien lejos estaba de imaginar, cuando su primo la pidió permiso para presentarla un comendador de los templarios, que el señor d' Aigremont seria el caballero Rogerio d' Aureville. Ah! fué necesario sacarla moribunda de un lugar en que se habia presentado con tanta brillantez. Condujéronla á su palacio de donde habia huido para siempre la felicidad, y en muchos dias no hubo esperanzas de conservar su vida.

La mas querida de sus doncellas, á quien confió sus desgracias, no tardó en ponerlas el colmo, participándola la fuga del perjuro que habia dejado á Nápoles sin pensar en presentarse á ella, sin manifestarla la menor señal de confusion ó arrepentimiento. Una conducta semejante acabó de abatirla, no tuvo valor para instruir de ello á su hermano que la escribia frecuentemente, preguntándola si era feliz, y se le aproximaba el momento de descubrirlo todo á su esposo.

Algun tiempo despues, Blanca que se preparaba á sepultarse en un profundo retiro, adquirió la funesta conviccion de que llevaba en su seno el deplorable fruto de una union que no existia. Este nuevo pesar la anona-

dó absolutamente: deseando huir de todas las miradas fué á ocultarse en una quinta distante de Nápoles, y allí cuando llegó el término de su crítico estado, escribió á su hermano la relacion de sus infortunios, y confesándole todo, le suplicaba volase á su socorro.

Ludovico estaba recientemente unido con Laurencia Loredani, objeto de su amor; en aquella circunstancia no vaciló en dejar á su esposa para consagrar á su hermana los cuidados y los consuelos del mas tierno cariño. Al llegar á la morada de Blanca llevaba su corazon dividido entre la compasion por ella, y el odio hácia su infame seductor: pero cuánto cambian los sentimientos humanos á la presencia de la muerte! Apenas Blanca hubo dado á luz una niña, á quien se impuso el nombre de Adelina, que llevaba su madre, cuando sintió desfallecer sus fuerzas, y no dudó que se aproximaba su última hora. Pronta á parecer ante el soberano juez de nuestras acciones, aquella infeliz mujer arrancó á su hermano enternecido é inconsolable, la solemne promesa de no vengar su muerte en el templario, ni hacer conocer á este la existencia de su hija, sino cuando se hubiese vuelto á la virtud. Ludovico no quiso rehusar este consuelo á una her-

mana moribunda y sobre la imágen sagrada de nuestro Salvador hizo el juramento inviolable de cumplir esactamente su última voluntad.

Blanca, mas tranquila, no sobrevivió mucho tiempo á esta desoladora escena: espiró pronunciando el nombre de Rogerio, y pasó á un mundo mejor á recibir la recompensa de una vida consagrada toda entera á las mas bellas acciones. Ludovico, despues de haber confiado su sobrina á una nodriza fiel, se puso en camino para Venecia, donde esperaba encontrar, al lado de su esposa, los consuelos que tanto necesitaba despues del horroroso golpe que acababa de sufrir, y cuyo recuerdo debia afligir siempre su memoria.

XXXVIII.

Ludovico de Montalbano había quedado, como su hermana, dueño absoluto de su fortuna y de sus acciones: casi al salir de su primera juventud impaciente por gozar de la vida, recorrió toda la Italia; pero en Venecia le detuvo la vista de una de las hermosuras con que se envanecía aquella ciudad: Laurencia Loredani, tan célebre por su belleza, era tan virtuosa como amable; bien diferente de su hermano Isarn, ya corrom-

pido sobre toda espresion, y separado largo tiempo hacia de toda sociedad honrada.

Por una singular semejanza con la familia Montalbano, Laurencia é Isarn habian tambien perdido sus padres muy temprano, y sus tutores no habian dedicado sus cuidados á darles una buena educacion: Isarn, consagrado á todos los vicios, habia ya disipado la mejor parte de su patrimonio: hallábase ausente de Venecia, cuando murió una prima de su padre, nombrando á Laurencia su heredera universal. Sus bienes eran considerables, y este aumento de fortuna irritó á Loredani hasta el último punto. Dedicóse á poner en juego toda clase de resortes para inspirar á su hermana aborrecimiento del mundo y amor al retiro, y ya se linsonjeaba de haber conseguido en parte su deseo, cuando Montalbano llegó á Venecia para desbaratar sus planes.

No necesitó mas que ver á Laurencia para amarla con una pasion ardiente, y buscó todas las ocasiones de aproximarse á ella. Su nacimiento, el rango que ocupaba, todo le allanó las dificultades que Loredani puso en accion para separarle de aquel amor: él agradó á Laurencia, y los parientes de esta hermosa jóven consintieron gustosos en el himeneo que se la proponia: Isarn, que en

aquellos momentos acababa de completar su ruina, vió con desesperacion un matrimonio tan contrario á sus intereses.

No se hubiera detenido en atentar á la vida del príncipe Ludovico; pero además de que no encontró ocasion favorable, conocia que Laurencia tenia demasiado mérito para no encontrar un nuevo esposo, cuando Montalbano no existiese ya. Por lo tanto no fué contra este contra quien dirigió sus baterías. Oculto en las cercanias de Venecia, mientras se le suponía en Francia, espiaba el momento favorable para cometer el mas negro de los crímenes. Habia depositado su confianza en un jóven de su edad, á quien habia arrastrado á la disolucion; y cuyos excesos le habian hecho arrojar de la casa paterna. Roldo era su nombre; guerrero valiente en el campo de batalla, era el mas débil de los hombres bajo el yugo de las pasiones; y hallándose ya sin asilo, estaba obligado á entregarse absolutamente al que le habia pervertido.

Isarn, oculto bajo el nombre de Mesalvo, que adoptó para en adelante, alquiló una casita cerca de Vicencio, que le pareció á propósito para la ejecucion de sus inicuos planes. No atreviéndose á confesar toda la maldad de sus pensamientos á su confidente, le manifestó solo el deseo de apoderarse de su herma-

na, á fin de obtener de ella por el terror, la renuncia de la herencia de su tia, de que él se suponía injustamente desposeído.

Sin embargo, el himeneo de Laurencia se efectuó, y Loredani no habia podido conseguir sus proyectos. A punto estaba de desesperar su logro, cuando la desventurada Blanca, habiendo reconocido la perfida de d' Aigremont, y sintiendo aproximarse su fin, llamó á su hermano, como ya hemos visto. Ludovico no vaciló en partir, sin sospechar que la desgracia que habia abrumado á la pobre Blanca, iba tambien á caer sobre él.

Cumplidos sus piadosos deberes con respecto á esta, solo pensó en restituirse á Venecia. Pero cómo pintar el golpe que recibió, cuando al llegar á su casa, vió sus criados correr á su encuentro, arrojarse á sus pies, y confesarle llorando, que hacia ocho dias que su esposa habia desaparecido sin haber podido encontrar el menor rastro de su fuga!

Confundido el principe con semejantes noticias perdió casi la razon. El multiplicó las indagaciones, las diligencias mas activas y mas constantes: durante dos años recorrió todo el litoral de Venecia, derramando el dinero por todas partes. Todo fué en vano: un velo impenetrable cubrió la suerte de Lauren-

cia, y desde aquel dia no volvió á haber noticias suyas. Algunas sospechas se suscitaron en el corazon de Ludovico contra Loredani, el indigno hermano de su mujer; sospechas que se fortificaron cuando vió á este miserable pedirle los bienes de su hermana, de que se pretendia heredero, habiéndole, en efecto, sustituido su tia á falta de Laurencia. Demasiado generoso para retener una fortuna extraña, cuando la suya era tan considerable, Ludovico no vaciló en entregarla, tomando sin embargo las precauciones necesarias para conservarla á Laurencia; si parecia, ó á su hijo, porque estaba en cinta en la época de su desaparicion. Y aunque no quedase á Ludovico sino una esperanza muy remota de volverla á ver, no podia resolverse á abandonar sus derechos.

Las leyes, pues, velaron por aquel depósito, y Loredani no pudo obtener del senado veneciano la propiedad de los bienes de su hermana: dejóle únicamente el disfrute de ellos, remitiendo el entregarlos libremente despues de trascurridos treinta años, desde que Laurencia habia sido arrebatada, porque se tenia casi la certidumbre de que no habia caido en el mar.

Loredani se apresuró á devorar tambien aquellas rentas, ancipándolas de tal mane-

ra, que antes de dos años no le quedaba ya nada de tan prolongado usufructo. No encontrando ya quien le prestase, ni teniendo medios de engañar á otros, pasó á Francia, donde supo que d' Aigremont habia sido promovido á la dignidad de gran prior de Tolosa de la órden de los templarios. Presentóse, pues á este, quien conociendo el infame carácter de Mesalvo (cuyo nombre conservaba) le empeñó á hacerse recibir caballero del Temple, le facilitó los medios para ello, y le empleó en los vergonzosos negocios á que diariamente se entregaba.

Mesalvo buscaba en el desórden y la disipacion, los medios de ahogar los remordimientos que frecuentemente se hacian sentir en su alma, con el recuerdo de su conducta con su hermana.

Laurencia no habia podido ver partir á su esposo, sin una pena secreta, que disimuló sin embargo, porque no queria privar á Blanca de los consuelos que tanto necesitaba. Ella conocia la perversidad de su hermano, sabia con qué impaciencia soportaba su matrimonio, y creyéndole capaz de todo, tenia el justo temor de que quisiese aprovechar la ausencia del príncipe para tratar de perderla, y arrebatarla unos bienes de que estaba tan codicioso.

Laurencia acostumbraba salir frecuentemente, oculta bajo un gran manto, é ir sin darse á conocer, á los asilos de la miseria á llevar á los desgraciados, consuelos y socorros: ella no ignoraba que las buenas obras hechas en silencio, son mas brillantes á los ojos de Dios, que las fastuosas limosnas inspiradas solamente por la ostentacion. Privábase de este placer tan puro, durante la ausencia de su esposo; pero habiendo recibido la noticia de su próxima llegada, se reconvinó su descuido, y una tarde habiendo cuidado de proveer su bolsillo, salió sin acompañamiento alguno, por una puerta secreta, y fué á visitar á una familia indigente, á la que profesaba una particular amistad.

Despues de cumplidos los preceptos de la mas ardiente caridad, se volvia á su casa al declinar el dia, y disponiéndose á llamar una góndola, se presentó una conducida por dos hombres de bastante edad, que le inspiraron mas confianza. Resolvióse á embarcarse con ellos, y entró en la barca; mas apenas hubo pasado el umbral del camarote, cuando un hombre enmascarado se arroja sobre ella, y aproximándola un puñal á la garganta la amenaza con una pronta muerte si se atreve á dar un grito. Obligala á sentarse, en la banqueta, la cubre el rostro con un velo, y pa-

rece vigilar atentamente sus menores movimientos.

Entre tanto los pérfidos gondoleros, forzando los remos, toman su rumbo por estrechos canales, y saliendo de la ciudad van al través de las lagunas á buscar la tierra firme donde abordan en el momento en que se levantaban un violento huracan. Una litera enteramente cerrada esperaba á la orilla. Roldo, porque era él, obligó á Laurencia á subir á ella, paga á los dos marineros, y los despide recomendándoles el silencio, pero no era necesario este cuidado, porque un silencio eterno iba á envoiverlos á ellos mismos. A pesar del mal tiempo, se empeñan en hacerse otra vez al mar: su frágil góndola no pudo resistir la furia de las embravecidas olas, y los que habian ayudado á arrebatár á Laurencia, fueron sepultados sin remedio en el elemento que habia favorecido su delito.

Tampoco á Roldo detuvo el mal tiempo, y continuando su camino, solo se detenía cuando era indispensable y por poco tiempo. En vano durante este viaje, trató Laurencia de entenerle, de hacerle hablar: él cumplió su promesa á Mesalvo, y por desgracia fué incorruptible.

La desolada Laurancia no dudó un momen-

lo que su hermano fuese el autor de esta trama infernal, y desde entonces previó la suerte que le estaba reservada. Pintar su dolor, su desesperacion, seria imposible, baste decir que igualaban á su infortunio. Llegaron en fin á una casa aislada, situada en medio de los bosques, y cuyo aspecto sombrío y siniestro, acabó de aterrar á la desventurada princesa de Montalbano. Al salir de la litera fué encerrada en una sala en el interior de una alta torre cuadrada, y cuya única ventana daba al patio del edificio.

Allí la dejaron entregada á sí misma, abandonada de los hombres, y temiendo estarlo tambien del cielo.

Quando Mesalvo recibió la noticia de que se habian efectuado sus deseos, porque hasta entonces se habia mantenido oculto, volé al lado de Roldo para llevar á cabo el horroroso proyecto formado por su execrable alma. Pero Roldo no era el mismo hacia algunos dias: los encantos, las virtudes de Laurencia, habian mudado enteramente su corazon. El detestaba la perversidad de Mesalvo, y si por amistad hácia él, ó por temor de su venganza, no restituia la libertad á la princesa, á lo menos se habia propuesto velar cuidadosamente en que su vida fuese res-

petada. No eran estos los planes de Isarn, y consiguiente á ellos, el primer dia de la llegada, le pidió cuenta de todo lo ocurrido.

Despues de haberle Roldo informado minuciosamente, le dijo aquel:

—Y bien! amigo mio, héte ahí encargado de una pesada tarea, pues considero que para tí será duro quedarte de conserje en esta morada, donde todo inspira fastidio y tristeza.

—Y qué quereis? replicó Roldo fingiendo no entender lo que tan claramente se le insinuaba. Necesario será que me acostumbre al papel que he aceptado; y ademas, oculto en este desierto estaré en mas seguridad. Si por desgracia la justicia se acuerda de mí, no es probable que venga aquí á buscarme.

—Eres un necio en temerla. Los venecianos no reinan en toda Europa; y ahora que voy de nuevo á poseer inmensas riquezas, habia formado el proyecto de ir á gastarlas en Francia, y esperaba que el deseo de ver á París te decidiria á acompañarme.

—Oh! ciertamente, pero entonces qué pensais hacer? teneis dispuesto alguno que ocupe mi lugar aquí, ú os proponeis llevar con nosotros á vuestra hermana?

—Hé ahí una idea que estaba bien lejos de ocurrirme, y ciertamente que para semejantes cosas no hay necesidad de multiplicar los confidentes

—Pues con todo sería necesario que así fuese, porque la princesa de Montalbano no puede quedarse absolutamente sola.

—Un medio existe de dejarla sin custodia y de privarla sin embargo de todos los arbitrios de escapársenos.

—Hombre! ese es un secreto singular que yo tengo curiosidad de saber.

—Roldo! ó yo no te conozco ó tú estás fingiendo no comprenderme.

—Consistirá en que nunca habeis acostumbrado hablarme por medio de figuras.

—Hay cosas que no se esplican, y que el hombre de valor las adivina.

—Señor Isarn, entre vos y yo existe acaso una idea muy diferente del valor.

—Amigo mio, las recompensas que te he prometido serian aseguradas por las que puedes esperaraun, si te encontrase enteramente pormí. Nitú ni yo podemos pasar nuestra vida en esta mansion. Laurencia es jóven, su cautividad podria llegar á sernos funesta: se la descubrirá acaso un dia, y entonces puedes conocer como lo pasaríamos, al paso que si desapareciese sin remedio....

Me comprendes ahora?

—Y entre las recompensas que me prometéis, existe alguna que pueda acallar la conciencia é impedir que la sangre inocente derramada se eleve hasta el trono de Dios á deponer allí contra nosotros?

No, señor, para eso no conteis conmigo. Teneis todas las pruebas posibles de mi adhesión; consiento en quedarme de carcelero perpétuo de vuestra hermana, puesto que es necesario; pero jamás podré decidirme á ser su verdugo. Además, no teneis compasión del fruto que lleva en sus entrañas? Nos atreveríamos á destruir á la vez esa doble obra del Criador, y á mancharnos con un crimen que no perdonan el cielo ni los hombres?

Confundido Mesalvo con esta réplica, que estaba lejos de esperar, se encendió en ira; pero no se atrevió á combatirla. Disimulando sus secretos sentimientos á los ojos de su cómplice, fingió rendirse á sus razones, y aparentó avergonzarse del exceso á que le habia conducido un momento de delirio.

Viendo que no podia seducir enteramente á Roldo, quiso recobrar su confianza, y pocos dias despues volvió á marcharse, recomendándole una vigilancia á toda prueba. Roldo se la prometió bajo los mas execrables juramentos; pero no se atrevia á presentarse á

Laurencia, ni podia oír el sonido de su voz sin estremecerse; y la situacion de aquella desventurada estaba constantemente fija en su imaginacion.

Laurencia pasaba sus tristes dias haciendo oracion al Altisimo; cantaba en tono melancólico los salmos de la penitencia, y otros ratos pensando en el esposo que no debia volver á ver, derramaba amargas y abundantes lágrimas. Su posicion física aumentaba tambien sus padecimientos. Segura de su muerte próxima, ignoraba si para cometer este crimen se esperaria á su alumbramiento; y en este caso, qué suerte se reservaria á su desvalido hijo? Infeliz! Su salud se debilitaba por momentos. La era posible soportar sus males? Para ella no habia ya ni esperanza, que es lo último que queda al desgraciado.

Asi transcurrió todo el tiempo que precedió á su parto. Roldo habia buscado para este caso una mujer inteligente y discreta: asustándola con amenazas, escitando su codicia con la vista del oro, se aseguró de su reserva. No era á ella, sin embargo, á la que habia que temer, sino al cruel Mesalvo. Este malvado habia declarado, que si consentia en dejar vivir a su hermana, no tendria la misma indulgencia con la criatura que diese á luz; asi

Roldo, bien decidido á conservar á una y otra, deseaba ardientemente que Laurencia saliese de su paso antes que su hermana volviese.

Un negocio imprevisto, y que Roldo la habia hábilmente suscitado, bajo mano, le obligó á marchar á Venecia. Engañado ademas por la seguridad que aquel le daba, de que Laurencia no estaba aun cerca de su término, prolongó allí su mansion.

Llegó, en fin, el momento y la princesa de Montalbano dió á luz, no sin terribles padecimientos, una hermosa niña, que Roldo hizo desaparecer inmediatamente. El habia tomado todas las medidas necesarias para engañar á Mesalvo, y principió mostrando á la comadre algunas horas despues, una criatura muerta, que dijo ser la de Laurencia. Una feliz casualidad instruyó á Roldo el dia anterior de la muerte de aquella criatura, que era de un aldeano vecino, y al mismo entregó la tierna Ombelina para que su mujer la criase, como de antemano habian convenido.

Inmediatamente despues enterró el cadáver del recién nacido bajo un monton de piedras en el patio, y despachó un espreso á Mesalvo anunciándole que su hermana habia parido una niña que sobrevivió pocas horas á

su nacimiento. El caballero, desesperado de no haberse hallado presente á este suceso, corrió apresuradamente sospechando alguna traicion de su confidente, pero se guardó bien de hacérselo conocer. Lo encontró todo perfectamente, aprobó las precauciones que se habian tomado, y so pretesto de la fatiga del viaje, no tardó en ir á recogerse.



XXXIX.

Hacia la media noche, y mientras Roldo se entregaba al sueño, Mesalvo se levantó silenciosamente, y bajó al patio con un farol y una herramienta para cavar la tierra. Laurencia en aquel momento no dormía; sorprendida de ver penetrar la luz por entre los vidrios de su ventana, á hora tan intempestiva, sospechó alguna nueva desgracia; y á pesar de su extrema debilidad, pues solo hacia cinco

días que habia parido, se arrastró hasta las barras de hierro por donde atravesaba la luz, y dirigió al patio una curiosa mirada. Pero cuál sería su asombro al reconocer á la claridad del farol, á su indigno hermano, que inclinado hácia la tierra, parecia estarla cavando! A aquella vista, á aquella operacion, que Laurencia interpretó, no dudó ya que su última hora habia llegado, y que Loredani se ocupaba en hacer su sepultura. Este aspecto siniestro heló la sangre de sus venas; parecia cosa horrible ser testigo de la construccion de su última morada. Pero, ah! cuánto se aumentaron sus angustias, cuando Mesalvo deteniendo rápidamente su obra, se bajó, separó la fria tierra, y sacó de ella el cadáver de un recién nacido!.. Esto era demasiado para aquella infeliz mujer. Roldo la habia dicho los cuidados que habia consagrado á su hija; pero entonces se creyó cruelmente engañada, y cayendo desfallecida en el suelo permaneció largo tiempo sin volver en si.

Entre tanto, Mesalvo, satisfecho con la seguridad de la muerte de su sobrina, restableció la tierra como antes estaba, y fué á otra parte á terminar su execrable empresa: habia observado el vaso en que Roldo daba á Laurencia el suco de las viandas, único alimen-

to que tomaba todavía. Fué á buscarle, y habiéndole encontrado, le frotó interiormente con un veneno de cuya atroz violencia estaba bien seguro: terminado este último cuidado, se volvió á su aposento. A los primeros rayos de la aurora estaba ya de pie, y despues de abrazar á Roldo se restituyó á Venecia, donde su presencia era indispensable: seguro ya de haber quedado libre de aquellos cuya vida le era tan importuna, niugun remordimiento le asaltaba todavía. La conciencia de algunos hombres es muy lenta en despertarse, pero esos son los que la venganza divina castiga mas rigurosamente.

Cuando Roldo, que le veia siempre partir con alegría, entró en la estancia de la princesa de Montalbano, se sorprendió de encontrarla fuera de su lecho, y tendida en el frio suelo: prodigándola los mas esmerados cuidados, trató de restituirla á la vida: pero cual fue su asombro, luego que ella pudo esplicarse, al oirla acusarle de supercheria, y de haber sido autor o cómplice de la muerte de su hija! Siguióse á esto una entera esplicacion: Roldo supo por ella una parte de la conducta nocturna de Mesalvo, y Laurencia por su parte, quedó tranquila sobre la existencia de su hija, que Roldo la prometió verla en sus brazos. Pero por un inte-

rés fatal, y creyendo restituirla las fuerzas, la instó á tomar la bebida en el vaso emponzoñado por Mesalvo. Apenas la hubo tragado, cuando sintió despegadas sus entrañas por los mas horribles dolores: entonces no la quedó ya duda del cruel género de muerte que le estaba reservado. Roldo, fuera de sí, se arrojó de rodillas á los pies de su cama, suplicándola no le creyese cómplice de aquel delito abominable, y jurándola entregar su hija á su esposo; á cuyo fin Laurenciamorbunda escribió á Montalbano una última carta, que Roldo le entregó despues, cuando le reconoció en el bosque de Bariege. Prodigó, sin embargo, á la infeliz princesa cuantos recursos se conocian en aquella época; pero todo fue inútil. Bien pronto no quejó de Laurencia mas que un cadáver destigurado. Roldo se mostró inconsolable, teniendo aun para sí, la perversidad de Mesalvo: disimuló, no obstante, y le avisó simplemente que su hermana habia muerto á consecuencia de un parto trabajoso: Mesalvo imaginando haber engañado á su confidente, se guardó bien de descubrirle la verdad.

La sensacion experimentada por Roldo en esta circunstancia, le ocasionó una larga enfermedad de que se restableció con mucho trabajo.

Durante ese tiempo, el príncipe de Montalbano, cansado de la inutilidad de sus pesquisas abandonó á Venecia, y se restituyó á Nápoles.

Roldo que habia tenido siempre un estrecho cuidado de Ombelina, se decidió á partir para aquella ciudad con la esperanza de encontrar en ella á Ludovico, pero no estaba allí ya. Mesalvo solo la habitaba aun, y empeñó á Roldo á quedarse en su compañía. Habiendo el tiempo debilitado la indignacion de este último, remitió á mas adelante el cumplimiento de sus promesas á Laurencia, y se arrojó de nuevo en la carrera del crimen. Un asesinato en que se mezcló, le obligó á buscar asilo en pais extranjero: pasó á Francia y viéndose reducido á una extrema miseria, se alistó en una banda de foragidos. Bien pronto su valor, su audacia, y sus talentos para aquella especie de guerra, le hicieron nombrar primer capitán por unanimidad. Sabiendo que Mesalvo hecho caballero del Temple, habitaba en Tolosa, se aproximó á aquella ciudad, y se situó en el bosque de Bariege. Allí un convenio secreto le ligó con el gran prior del Temple, y Roldo á su sueldo le sirvió en todas sus empresas contra sus enemigos; al mismo tiempo, queriendo alguna vez descansar de sus

trabajos, compró en Tolosa una casa, y bajo el nombre del señor Maurand, gozaba de una reputacion que no merecia. En medio empeño de sus afanes, no olvidaba á Ombelina, remitiendo en muchas ocasiones dinero al aldeano que la criaba: en fin, hácia los diez años del nacimiento de aquella desgraciada, formó el proyecto de volver á Italia, y entregar al príncipe de Montalbano una hija que no conocia. Su viaje á Napoles fué sin éxito. Ludovico habia marchado de allí hacia muchos años, y nada se habia vuelto á saber de él. Todas sus diligencias para encontrarle fueron infructuosas; entonces se afirmó en la idea de conducir á Ombelina á Tolosa, y hacerla dar una educacion digna de su nacimiento. En las primeras páginas de esta obra se ha visto cómo ejecutó esta resolucion, y cómo alternativamente hombre de bien y saltador, educaba en la virtud á su jóven pupila, é iba á despojar á los pasajeros de los contornos de Tolosa.

Entre los efectos de que Mesalvo le habia hecho depositario, existia un retrato de Laurencia, que Roldo conservó con extremo cuidado, y que entregó á Ombelina despues de los cuidados que le prodigó cuando fué peligrosamente herido en San Miguel de Touch por unos viajeros á quienes habia

atacado. El mantenía una esacta correspondencia con un napolitano, relativa al príncipe de Montalbano, y aquel le comunicó la noticia, al parecer indudable, de la muerte de este último. Roldo se desesperó con ella, no atreviéndose á presentar á Ombelina á unos parientes colaterales tan interesados en negar su existencia: así, supo de ella misma con placer, su designio de entrar en religion. Roldo no pensó en poner obstáculos á él, y eligió el convento de Bariege, como el mas próximo al teatro de sus ordinarias expediciones. Formó, sin embargo, el proyecto de no volver á ver á su pupila, queriendo que ella no pudiese sospechar jamás su infame profesion, y con este objeto fingió partir para un viaje largo y remoto. Solamente pidió á Ombelina no pronunciase sus votos hasta despues de cumplir sus veinte y cinco años, esperando siempre que algun acontecimiento favorable la conduciría á la felicidad. El habia evitado cuidadosamente que la viese Mesalvo, no queriendo que pudiese llegar á reconocerla; pero aquí le faltó su prudencia. Montgiscard estaba muy cerca de Bariege, y era imposible que el templario no echase de ver á su sobrina: esto es lo que no tardó en suceder. Apasionóse furiosamente de ella, y la robó durante la ausencia de Roldo, ocupado enton-

ces por d' Aigremont, como veremos mas adelante. A su vuelta á Bariege, Roldo supo la desaparicion de Ombelina, y no pudo conseguir luz alguna acerca de su suerte: unas veces la creia robada por los parientes de Ludovico; y otras se inclinaba á pensar que la hermosa jóven ignorando la época de su regreso, y participando de alguna pasion secreta, habia seguido á su amante. Los corazones viciosos, no suponiendo jamás virtud en nadie, están lejos de apreciarla dignamente donde se encuentra, y con mas facilidad juzgan á los demas por si mismos. El resto de los acontecimientos hasta el dia nos son ya conocidos. Hemos visto por qué estraña casualidad el bandido habia encontrado á un mismo tiempo á Ombelina y á Ludovico, y cómo reparó en cuanto le fué dable, el mal que antes habia hecho. Volvamos ahora al príncipe.

Desesperado de no encontrar remedio á su desgracia, habia dejado á Venecia, y regresado á Nápoles á cuidar de la hija de su hermana. Esta ciudad no tardó en serle tambien insoportable: resolvió, pues, abandonar la Italia que no le ofrecia ya mas que dolorosos recuerdos, y retirarse á Francia, á lo que le impulsaban tambien dos motivos. El primero aproximarse á d' Aigremont, vigilar

su conducta y entregarle su hija, si llegaba á hacerse digno de ello, observando religiosamente el juramento hecho á su hermana. El segundo provenia de una engañosa esperanza de adquirir alguna noticia acerca de su esposa. Habia dicho vagamente que en la época de la desaparicion de Laurencia, se habia visto en Turin una mujer, que se le parecia bastante, tomar de allí el camino de Francia, y con este débil indicio se decidió á recorrer este último reino. Antes de alejarse de Nápoles, confió el cuidado de sus intereses al señor de Amalfi, su pariente, caballero lleno de honor y delicadeza: recomendóle guardar sobre su suerte un profundo silencio, y esta voluntad ejecutada hizo creer al fin, que el principe de Montalbano habia faltado del número de los vivientes. Entre tanto, acompañado de una aya para la pequeña Adelina, y de dos criados fieles, se encaminó á Francia. Sus pesquisas en este reino fueron tambien infructuosas, habiendo llegado á Paris, sin descubrir nada satisfactorio. Entonces no dudó ya de la pérdida de Laurencia, y buscó en la religion el consuelo contra sus infortunios.

D' Aigremont no estaba en aquella época en Paris: elevado al gran priorato de su orden en Tolosa, habia fijado en esta ciudad su or-

dinaria residencia. Ludovico le siguió allí, y aun bien pronto se decidió á fijar en la misma poblacion su morada. Presentóse bajo el supuesto nombre de Aldrio Aldrici, que en realidad era el de uno de sus sirvientes, genovés de oríjen, y cuya familia estaba establecida en la plaza de san Lorenzo de Génova. Así, Ludovico podia eludir fácilmente las preguntas indiscretas: compró una casa, vivió decentemente pero sin fausto, y por su conducta, su caridad inagotable, mereció la estimacion de sus nuevos conciudadanos. Admitido al consejo de la ciudad, fué elegido capitular de Tolosa durante los años de 1292 y 93, y al mismo tiempo se hizo conocer en la córté de Francia, como uno de los mas firmes apoyos de Cárlos de Anjou, rey de Nápoles, si bien estaba seguro de gozar de una entera consideracion debida á sus virtudes, y de poder por su rango encontrar una proteccion poderosa, si la empresa salia mal. Estas precauciones dictadas por la prudencia, habian sido renovadas cuando Ludovico reconoció en el templario Isarn de Mesalvo, al caballero Loredani su cuñado. Ellos se habian visto muy poco, pero Ludovico tenia siempre presente los rasgos de un hombre á quien con tanta razon sospechaba de ser el asesino de su esposa. Alojado en la intermediacion del pa-

lacio del Temple evitando el ser visto por los dos caballeros, observaba escrupulosamente sus pasos, y deploraba á la vista de unos desórdenes siempre crecientes, la fatalidad que los alejaba del camino de la virtud. Ah! d' Aigremont era cada dia menos digno de ser reconocido por padre de Adeline. Esta preciosa jóven vivia en el mas absoluto retiro, temiendo Aldrio Aldrici exponerla á las miradas de d' Aigremont, porque era el retrato vivo de su infortunada madre.

Era imposible que examinándola se la pudiese desconocer: por eso Aldrio evitaba las ocasiones de que la vieses. Jamás salia sin ir cubierta con un espeso velo que ocultaba á la vez los encantos de su rostro, y las gracias de su persona. Empero, por una notable rareza, el dia que se celebraban en la iglesia de la Dalbada en presencia del gran prior del Temple, las honras fúnebres por la princesa Ethelmunda d' Armagnac, olvidó el supuesto Aldrio su acostumbrada prudencia: cediendo á los deseos de su hija adoptiva, la condujo á una de las naves colaterales del edificio, recomendándola no descubrirse; pero el destino venció. Adeline levantó su velo, y la primera mirada del gran prior se dirigió sobre ella. La semejanza era tan perfecta, que

aun despues de veinte años no pudo menos de chocarle, y Aldrio Aldrici, á quien distinguió en el mismo instante, acabó de confundirle y de hacerle entrever la verdad. Desde aquel momento un súbito terror se apoderó de su alma: no dudó que el principe de Montalbano estuviese en Tolosa con malos designios contra su persona, y juzgándole por sí mismo, temia que viniese á vengar á su hermana, cuya muerte trágica habia sabido; pero al mismo tiempo la vista de Adelina le hizo conocer que Blanca antes de morir le habia hecho padre, y al paso que queria libertarse del espanto que le causaba Aldrio Aldrici, deseó apoderarse de la jóven y averiguar si efectivamente le debia el ser. Sabemos lo que hizo para conocer la verdad, que con destreza y presencia de ánimo burlo el italiano sus proyectos, y cómo en fin, á pesar de todo faltó poco para que fuese victima de ellos. El resto nos dirá cuál de los dos saldrá victorioso, y cómo concluirá esta lucha de nueva especie.

XL.

Luego que salió de Nápoles d' Aigremont, olvidó á la que acababa de hacer desgraciada; impaciente por alejarse para sustraerse á sus justas reconvenciones, se apresuró á llegar á Paris, donde le esperaban nuevas aventuras. En las diversas guerras que la Francia tuvo que sostener, desplegó un valor tan brillante, se señaló por tan bellas acciones, que su reputacion de guerrero borró la mala fama que su conducta privada le habia grangeado: de este modo prosiguió rápidamente el curso de su fortuna. En poco tiempo pasó por los diferentes cargos de la orden, y cuando fué nombrado gran prior de Tolosa, la voz

pública confirmó la elección que de él se había hecho.

De regreso al Languedoc, no pudo resistir al deseo de volver á ver á la princesa Ethelmunda d' Armagnac, y aprovechando sus relaciones con el duque Juan su hermano, se presentó en Lectour: el tiempo habia disipado el recuerdo de la deplorable muerte del príncipe de Foix; pero no habia podido desterrar del corazon de Ethelmunda su primera ternura: ella amaba siempre á d' Aigremont, y en vano trató de combatir el sentimiento que la arrastraba. Probó sin embargo á huir del templario, y en todas partes encontraba su perseguidora imagen. Cedió en fin, y d' Aigremont recobró en su corazon todos sus derechos. Abandonáronse con júbilo á aquella pasión que no pudo ocultarse al público.

El duque de Armagnac la vió con disgusto sin duda; pero el poder de los caballeros del Temple era tal, que no se atrevia á quejarse, ni á romper con uno de los primeros dignatarios de aquella temida órden. Los dos amantes tenían toda la facilidad de verse, y no pensaron en desaprovecharla.

Empero, algunas veces experimentaba Ethelmunda un secreto remordimiento de su conducta; confesábaselo al templario, y este

se apresurraba con sus caricias á distraerla de aquellas inoportunas ideas, y restituirla toda al amor y al placer.

No le era en verdad difícil conseguirlo: un corazón dominado por una pasión impetuosa, está acostumbrado á sacrificárselo todo: nada le cuesta violencia cuando se trata de satisfacer al objeto que ama, inmolándole hasta el reposo de su vida, hasta la paz de su conciencia.

Ethelmunda olvidaba bien pronto al lado de d' Aigremont los recuerdos que por un momento la habían inquietado: ella buscaba la felicidad en las apasionadas caricias del templario: pero aquellos días de delirio debían tener un término. Al paso que la princesa adelantaba en edad, iban abriéndose sus ojos sobre su conducta: avergonzabase de una pasión sin igual que la robaba su propia estimación, la de sus iguales, y para colmo de humillación la de sus inferiores.

En tanto que d' Aigremont estaba á su lado, sus dolorosas reflexiones se suspendían; pero luego que se separaba de ella, quedaba sola consigo misma, y en presencia de sus remordimientos. Una hermosa noche de estío había bajado á los jardines de su padre: separada de sus sirvientes se paseaba alacaso, pensando en su amor, en d' Aigremont, y en

los obstáculos que se oponían á una union legitima, cuando sin advertirlo dirige sus pasos hácia el laberinto donde algunos años antes su esposo la habia sorprendido en los brazos de d' Aigremont, y donde este habia inmolado al desgraciado príncipe de Foix.

Apenas hubo reconocido aquel funesto sitio, que hasta aquel momento habia evitado, cuando quiso alejarse apresuradamente; pero debilitándose sus piernas no se lo permitieron: dejóse caer casi sin sentido en un banco de césped, y su imaginacion vivamente herida, le representó el espectáculo horroroso que por todos sus medios habia procurado olvidar. Poco á poco su cabeza se fué trastornando mas sin duda, porque á qué otra causa puede atribuirse lo que vamos á referir? Creyó, pues, distinguir un espeso vapor elevándose de la tierra, penetrado de una blanca claridad: bien pronto fué tomando forma y colores, y ofreció á los asombrados ojos de Ethelmunda el fantasma sangriento de su esposo, pálido, inmóvil y revestido de los lúgubres despojos que habia sacado de su féretro. Esta formidable sombra se colocó en silencio delante de ella, le mostró sus numerosas heridas, de las que aun corria una sangre negra y espesa: en seguida resonaron en sus oidos algunas terribles pala-

bras entre las que solo pudo distinguir las de «mujer perfida, crimen que vengar, arrepentimiento y eterna condenacion.

Ah! aquella aterradora vision debilitó la razon de Ethelmunda: desde aquel momento cayó en una silenciosa melancolia, olvidó el cuidado de su adorno, corrió diariamente á llorar al pie de los altares, fundó capillas, dotó monasterios, edificó hospitales: vencida en fin, por su conciencia, resolvió poner término á su vida criminal, y al mismo tiempo quiso convertir igualmente á d' Aigremont. Para conseguirlo le asedió de todas maneras; las lágrimas, los ruegos, las reconvenciones, ia cólera misma; ella le amenazó, en fin, con descubrir el nombre del homicida del príncipe de Foix, deshonorarle, perderle, si no renunciaba á sus vicios, si no se volvía á Dios, de quien no cesaba de alejarse.

FIN DEL TOMO TERCERO.

